

INSTITUTO «JOSE CORNIDE» DE ESTUDIOS CORUÑESES

LA VIEJA HISTORIA DE LA CORUÑA:
LA CELTICA BRIGANTIA Y LA ROMANA
FLAVIA BRIGANTIA

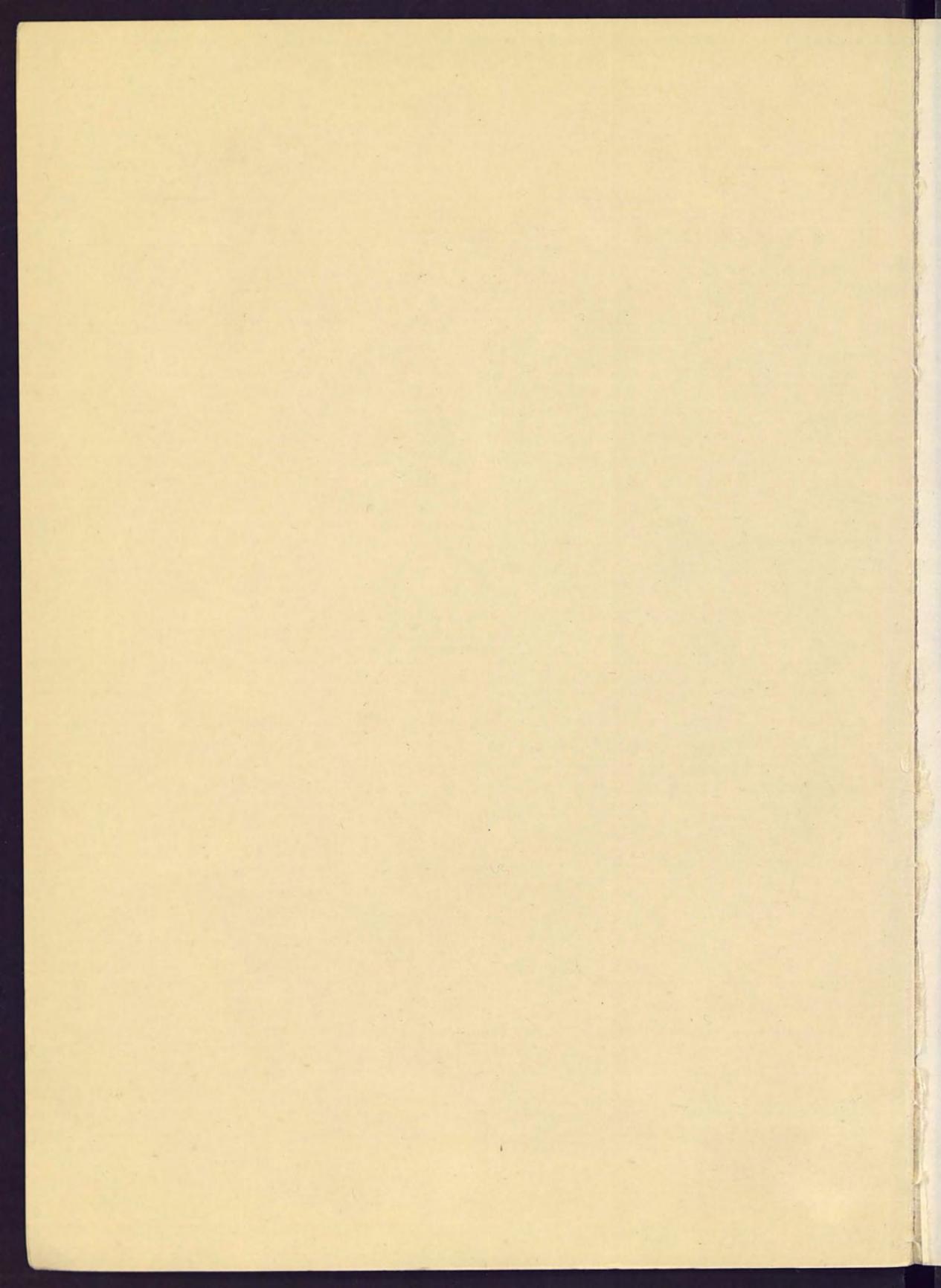
DISCURSO LEIDO POR EL ILTMO. SR.
DON EMILIO GONZALEZ LOPEZ

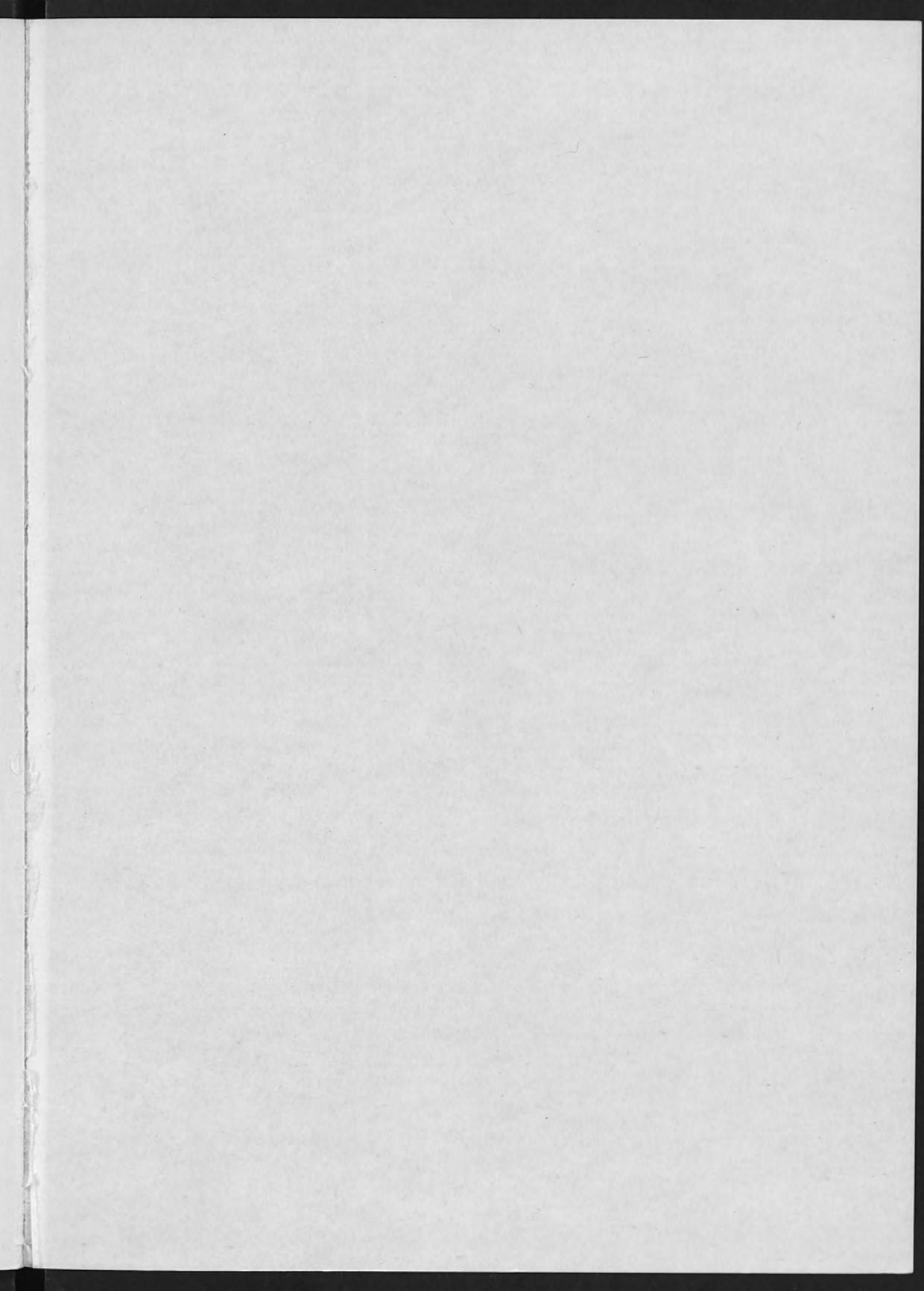
al ser recibido como miembro de Número de este Instituto
durante la sesión pública, que se celebró solemnemente el
día 9 de julio de 1981, en la Sala Capitular del Palacio
Municipal de La Coruña



LA CORUÑA
1981

DISCURSO
NUM. 11





Dep. Legal.: C-143 - 1969

Imprime: **LA VENUS** LA CORUÑA

INSTITUTO «JOSE CORNIDE» DE ESTUDIOS CORUÑESES

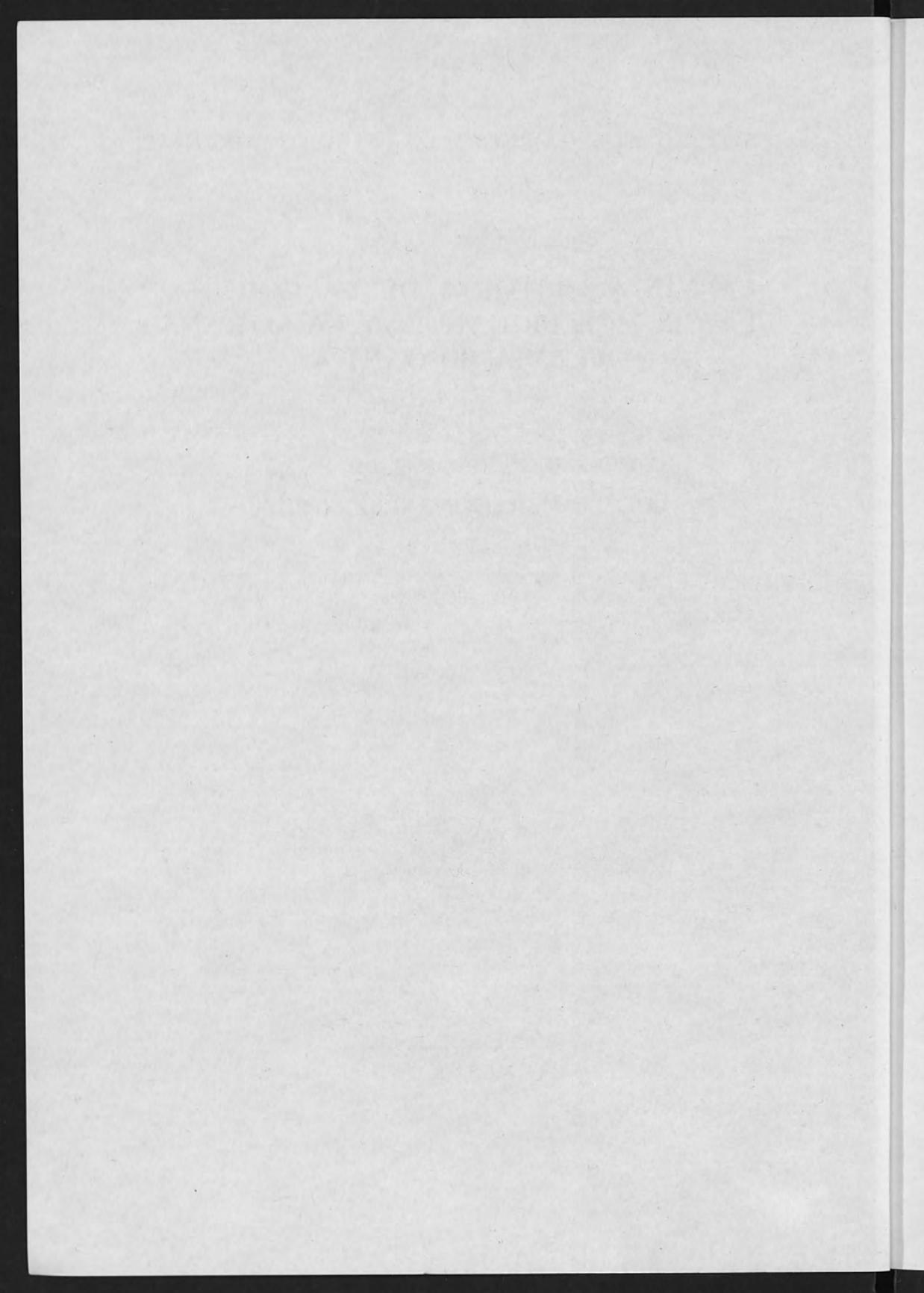
LA VIEJA HISTORIA DE LA CORUÑA:
LA CELTICA BRIGANTIA Y LA ROMANA
FLAVIA BRIGANTIA

DISCURSO LEIDO POR EL ILTMO. SR.
DON EMILIO GONZALEZ LOPEZ

al ser recibido como miembro de Número de este Instituto
durante la sesión pública, que se celebró solemnemente el
día 9 de julio de 1981, en la Sala Capitular del Palacio
Municipal de La Coruña



LA CORUÑA
1981



Excmos. e Ilmos. señores.
Señores Académicos.
Señoras.
Señores.

Quiero decir, a modo de saludo a esta docta Corporación, unas palabras de homenaje y recuerdo a mi predecesor en el sillón de este Instituto, mi querido amigo Sebastián Martínez Risco, al que me unía, además de una entrañable amistad, el ser los dos juristas de formación y profesión y también amantes de las letras, sobre todo de las dedicadas a Galicia y su cultura.

Don Sebastián Martínez Risco nació en Orense, en 1900, de una distinguida familia que produjo varias generaciones de hombres de ciencias y letras. Siguió la carrera de Derecho en Madrid y en Zaragoza. Doctorado en Madrid, ingresó en la carrera judicial en 1924, desempeñando varios Juzgados de Instrucción y Primera Instancia en Galicia. Fue destinado luego de magistrado a Gerona, y allí solicitó la excedencia voluntaria, situación en la que pasó 25 años, dedicándose en este tiempo al ejercicio de la abogacía. Reingresado en la Magistratura, después de tan larga ausencia, estuvo en ella el tiempo necesario para poder acogerse a la jubilación para poder dedicarse a sus actividades literarias y profesionales de abogado.

En la literatura cultivó la mayor parte de los géneros literarios, principalmente la poesía. En 1945 obtuvo el premio de la sección de Poesía en gallego de los Juegos Florales, organizados en Santiago, con motivo del VIII centenario de la muerte de Gelmírez, por su composición «O Boneco»; y dos menciones honoríficas por las tituladas «O Apestado» y «Canteiros». En 1943 publicó un volumen de poemas titulado «Trébol poético», «Recuerdos compostelanos». Y también en 1943, que es el año máximo de su producción literaria, publicó su novela «La tanza negra», «Ejemplo y agonía del juez Oria», y más tarde otro volumen de poemas «Nadaliñas».

Cultivó también la crítica literaria en «La raíz gallega de la obra de Valle Inclán», y «O xenio lírico de Cabanillas e a terra cambadesa». Dedicó a la lengua gallega su «Presencia da lingua galega»; a los problemas ético-políticos su «Concepción Arenal o la ética del sentimiento». Mostró su interés por Santiago en «Santiago de Compostela, cuna del milagro».

Algunas veces unió sus preocupaciones jurídicas con las literarias, en «O sentimento da Xusticia na literatura galega», «Las ideas jurídicas del P. Feijóo», «Loubanza e denosto da abogacía», y unió la biografía con el interés por el Derecho en «Jurisconsultos gallegos: Juan Manuel Paz Novoa».

Fueron muchos los temas jurídicos por él tratados, entre ellos: «Lagunas institucionales en la compilación» y el «Derecho Civil especial de Galicia», «As Instituciós xurídicas e a vida económica e social de Galicia», «Siñificación social de algunas instituciós non acollidas na vixente compilación do Dereito Civil en Galicia», «El régimen jurídico de la propiedad intelectual en Galicia a través de las instituciones forales». En todos sus estudios muestra a la vez su profundo amor por nuestra tierra y su gran conocimiento de sus instituciones jurídicas y de la singularidad gallega en el Derecho.

Durante los años 1950 y 1956 colaboró en «Galician Program», en lengua gallega, de la BBC de Londres. Colaboró en varias revistas portuguesas, casi siempre con temas gallegos: en la revista literaria «Quatro ventos», de Braga, y en la de «Scientia Jurídica», órgano de la Sociedad Jurídica Portuguesa y de la Asoçación Jurídica de Braga.

Tan fecunda labor literaria y jurídica de temas gallegos le llevó a ser elegido, por unanimidad, Presidente vitalicio de la Academia Gallega, en la que desarrolló una gran actividad, dirigiendo el traslado de esta Corporación, del local que tenía en el Ayuntamiento de La Coruña, a su nuevo local social, en el antiguo Palacio de la Condesa de Pardo Bazán, en la calle de Tabernas, de la Ciudad Vieja coruñesa. Siendo Presidente de esta Corporación y en tiempos difíciles, por el Gobierno que había en España, tuvo la gentileza de nombrarme académico correspondiente de la Academia Gallega en Nueva York, y muerto el general Franco, tuvo un especial interés en que volviera a Galicia para tomar parte activa en la labor de la Academia como uno de sus miembros. La muerte de don Sebastián Martínez Risco fue una pérdida irreparable para las letras gallegas y más aún para la Academia que él animó con su espíritu mientras la presidió».

1.—ENTRE LOS CUATRO FINISTERRES ATLÁNTICOS EL MAGNUS PORTUS ARTABRORUM

Galicia, separada y marginada del resto de España no sólo por su situación periférica, en el extremo noroeste de la península, sino por las altas montañas que le sirven de frontera con los reinos vecinos, con Asturias y León y la parte orensana de Portugal, de altivas sierras, está sin embargo en el lugar más estratégico de las comunicaciones marítimas de los pueblos del norte de Europa en el Atlántico con los otros del Mediterráneo y de cualquier otro continente. Durante muchos siglos fue mucho más fácil viajar de Galicia, por mar, a los países más lejanos de la Tierra que trasladarse por tierra a la capital de España o a las regiones centrales, orientales y sureñas de la península.

Las comunicaciones marítimas de Galicia con los pueblos del norte del Atlántico no son sólo facilitadas por la rapidez de las marítimas, que no tienen otro obstáculo que el mal tiempo, sino también por las corrientes marinas, como la gran corriente del Golfo, o curricán, en nuestra lengua gallega, que después de bañar y templar las costas de Galicia, sube hacia el Canal de la Mancha y

al Mar del Norte, para llevarles a los pueblos ribereños más calor y también más vida marina.

El historiador irlandés R. A. S. McAlister, en «The Archeology of Ireland» (London 1928, pág. IX), señala el papel que tuvo España, es decir, Galicia, con sus corrientes marinas, en la civilización irlandesa: «El alejamiento insular del país del continente europeo, salvo de España, a través del tormentoso Golfo de Vizcaya, con su corriente de una sola dirección que facilitó las invasiones de Irlanda desde su península, pero bloqueó una acción recíproca y retardó inevitablemente su progreso...».

Las corrientes marinas y los vientos facilitan la comunicación entre los cuatro Finisterres atlánticos: en el sur el gallego, y en el norte el bretón, el británico y el irlandés, aunque los vientos también pueden perturbarlas. Y en el medio de esos cuatro Finisterres, está el Magnus Portus Artabrorum, que fue el principal puerto de España, ya en los tiempos remotos, cuando los historiadores y geógrafos griegos, antes de la Era Cristiana, y también los navegantes de esta misma nación, comenzaron a registrar la Geografía y la Etnografía de nuestras costas.

Pero esta corriente no es de una sola dirección, como cree McAlister, sino de dirección doble, aunque la de sur a norte fuera la más importante, pues de los pueblos de los Finisterres norteños llegaron a Galicia numerosas emigraciones y pasajeros: en el siglo V de la Era Cristiana la de los bretones que huían de Inglaterra frente a las invasiones germánicas y que se asentaron en el norte de Galicia, en las actuales provincias de La Coruña y Lugo; a partir del siglo IX llegaron de Irlanda y no de los Países escandinavos los vikingos, que asolaron durante más de tres siglos las comarcas marítimas gallegas y a veces las del interior y que se asentaron durante algunos años en la vieja Isla de Faro, y, a partir de fines del siglo XI comenzaron a llegar expediciones de los cruzados y de las peregrinaciones a Tierra Santa, que tanta vida le dieron al puerto del Viejo Burgo de Faro y facilitaron su transformación en la villa de La Coruña.

Uno de los espectáculos más impresionantes de mi vida fue ver un día de invierno, desde la cima del Cabo Finisterre, moverse la

corriente del Golfo hacia el norte, como si fuera un gran río de plata en medio del mar, que era de color oscuro y ceniciento. Era una mañana de negros nubarrones, y de repente apareció entre ellos un rayo de sol que iluminó la superficie del océano, y la parte iluminada del mar cobró un color plateado, como si ese río de plata marchara hacia las regiones norteñas.

Estas corrientes marinas facilitaron la comunicación de los cuatro Finisterres, desde los más remotos tiempos de la Prehistoria y comunicaron las más antiguas civilizaciones que se levantaron en esas tierras. Y fue, quizá en la época celta, en el primer milenio de la Era Cristiana cuando estas comunicaciones sirvieron para cimentar una comunidad céltica atlántica, en la que los brigantinos, asentados en el noroeste de Galicia y en el centro de Britania, eran uno de los principales aglutinantes de esa comunidad.

Ya antes de que los hombres de los cuatro Finisterres se comunicaran entre sí y pusieran en contacto sus civilizaciones, cuando quizás todavía el ser humano no había puesto sus plantas en esta tierra, los cuatro Finisterres habían servido para la comunicación de las aves a través de ellos: en el verano llegaban y todavía llegan del sur a través de las desérticas tierras del norte de África las aves migratorias presididas por golondrinas y alondras, unas de paso, camino de otros países del norte y otras se quedan a anidar en nuestra tierra. Mientras en el otoño se ven pasar, de vuelta, las aves migratorias que anidaron en el norte de Europa, acompañadas de sus crías, para pasar el invierno, la mayor parte de ellas, en África y algunas en América del Sur, y partir de su suelo las que anidaron en el verano en él.

En el invierno llegan a Galicia las aves de los otros Finisterres atlánticos: el mascato, procedente de los Países escandinavos, conocido en toda Europa y en los Estados Unidos por su nombre escandinavo skua, y en castellano por el de págalos, mucho menos expresivo que el gallego; mientras, en las praderas costeñas chillan los mazaricos o zarapitos, llegados también del norte. Fue en la península de la Torre donde vi una de las aves marítimas más bellas, la avoceta, gentil y graciosa en su vuelo y delicada en sus

colores, que tiene esa península como lugar de descanso en su emigración del norte al sur de Europa.

Ese será el papel que desempeñará La Coruña a lo largo de la Historia, que comenzó siendo cuando era el Magnus Portus Artabrorum: el lugar de paso o de asentamiento a las expediciones marítimas que iban del sur de Europa camino de los mares y tierras del norte, y viceversa, de las del norte que bajaban hacia el sur; y también la de servir de puerto de parada y descanso para los viajeros que iban del Mar del Norte o del Canal de la Mancha al Mediterráneo y luego a otro cualquier continente de la Tierra y también para los que volvían, cumplida la misión de su viaje, camino de sus patrias respectivas.

2.—LAS COMUNICACIONES MARITIMAS DE LOS PUERTOS GALLEGOS EN EL PALEOLITICO Y EN EL NEOLITICO CON LAS ISLAS BRITANICAS Y LA BRETAÑA

La historia documentada, la escrita, no la de los petroglifos, insculturas en piedra y pinturas de las cavernas cuenta en España con unos 2.500 años, mientras que la Prehistoria que nos ha dejado numerosos testimonios de la más variada condición del paso del hombre por esta tierra, unos simples aunque a veces grandiosos monumentos (mámoas y multitud de monumentos megalíticos), objetos de caza o de casa, grabados o pinturas en las piedras, cuenta su existencia por cientos de miles de años, que se cifran en más de 200.000, por los historiadores austriacos y que doblan esa cantidad en los países del Mediterráneo, para llegar a contarse por más de un millón en otros lugares del planeta.

En el nacimiento de la civilización humana desempeñaron un papel de máxima importancia los países europeos más templados del Mediterráneo, mientras muchas tierras del norte, cubiertas algunas de ellas por centenares de pies de nieve, no conocían la huella del pie del hombre. Esos países mediterráneos, en los que despertaron las primeras civilizaciones de Europa, servían también

de puente con las tierras de otros continentes, del africano, todavía más cálido que ella, y, a través de África, muchas veces con la lejana Asia, donde se desarrollaban las grandes civilizaciones de la más remota antigüedad (Egipto, Asiria, Babilonia, etc.). Y España, cuya península está a caballo entre el Mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, tuvo un papel de la máxima importancia, desde los más lejanos tiempos de la Prehistoria, en ser puente de comunicación entre las civilizaciones europeas, las africanas y algunas asiáticas con el norte cada vez menos helado de Europa.

Estas comunicaciones o transmisiones de las civilizaciones mediterráneas, africanas y asiáticas al norte de Europa por España se llevó a cabo generalmente por vía terrestre, a través de los Pirineos, con la vecina Francia. Pero también hay serios fundamentos para creer que esta comunicación hispano-europea utilizó vías marítimas. Y en este segundo medio de comunicación, el papel de Galicia es de primera importancia, pues mientras por tierra nuestro país tiene difíciles comunicaciones con sus vecinos de otras regiones españolas (Asturias y León, en España y de Trasosmontes, en Portugal), en cambio sucede todo lo contrario con las comunicaciones marítimas que son sumamente fáciles no sólo con sus vecinos en la península, sino también con todos los países del norte de Europa, pues Galicia ocupa una posición sumamente estratégica en esas comunicaciones, sobre todo de las Islas Británicas con los países del Mediterráneo, África y Asia, por ser la primera costa del continente europeo que se encuentra en un viaje de Irlanda, de Inglaterra o Escocia al Mediterráneo o al sur de España en el Atlántico, a África o a cualquier lugar de Asia. El Cabo Finisterre es, sin duda, el centro de las comunicaciones de Europa con el resto del mundo, menos con los Estados Unidos de América del Norte y Canadá.

Estas comunicaciones marítimas entre Galicia y las Islas Británicas comenzaron en los más remotos tiempos de la Prehistoria, que se conocen con el nombre del Paleolítico, continuaron con mayor actividad en el Neolítico y prosiguieron todavía con mayor intensidad en la Edad de los Metales, y la antigua ciudad Brigantia de los ártabros o arrotrebas, en el corazón del gran Golfo de los Ártabros, en la costa de Galicia, al norte del Cabo Finisterre, el

más temido de las tormentas, jugó un papel extraordinario en esas comunicaciones, como si fuera la dovela de las comunicaciones marítimas de Galicia con el norte de Europa, sobre todo con las Islas Británicas.

Cuando tenemos documentos escritos históricos, y se registran las comunicaciones marítimas de Galicia con otros pueblos europeos, será el centro de ellas, en nuestra tierra, en la época céltica, el puerto de Brigantia, transformado en Flavia Brigantium, en la romana, para hacer de él un puntal firme del Imperio en el norte del Atlántico, punto de unión de la Península Ibérica con las Islas Británicas y con las Galias atlánticas.

Historiadores y arqueólogos han registrado estas comunicaciones marítimas en la Prehistoria, en el Paleolítico y en el Neolítico, y unos y otros, tanto españoles como extranjeros, señalan el papel de los puertos del norte de Galicia como punto de partida de las migraciones que llevaron la cultura de las mámoas, o antas, a las Islas Británicas, a Irlanda y al occidente de Britania (1), y las que introdujeron el vaso campaniforme en esas Islas y en la Bretaña (2).

Florentino López Cuevillas, «Prehistoria de Galicia», vol. III de «Historia de Galicia», dirigida por R. Otero Pedrayo, Santiago de Compostela, 1971. Xesús Taboada Chivite, «Addenda et corrigenda a la Prehistoria», de López Cuevillas, vol. III, de la «Historia de Galicia».

(1) R. A. S. McAlister. «The Archeology of Ireland», London, 1928. E. H. Carter y R. A. F. Meirs. «A History of Britain», Oxford, 1960. R. G. Collingwood y J. N. L. Myers. «Roman Britain and the English Settlements», Oxford, 1947.

(2) R. Menéndez Pidal, «Historia de España», dirigida por R. M. P. tomo I, vol. II, «España Prehistórica», Madrid 1962; vol. II, «España protohistórica», Madrid 1960; vol. III «España prerromana», Madrid 1962.

David Harris Wilson, «A History of England», New York 1967.

3.—LOS PETROGLIFOS PREHISTORICOS DE LA PENINSULA DE LA TORRE: SU CARACTER RELIGIOSO

Uno de los puntos de partida de las emigraciones prehistóricas de Galicia al norte de Europa fue, sin duda, la Isla de Faro, donde los celtas levantarían el santuario religioso de Brigantia y los romanos organizarían el puerto militar, Flavia Brigantium, más importante del norte del Atlántico en la Península Ibérica. De esos lejanos tiempos prehistóricos y del papel en ellos de la Isla de Faro, nos quedan dos petroglifos de carácter religioso.

No hay, o por lo menos no se ha encontrado hasta hoy en día, en la antigua Isla de Faro, monumento alguno megalítico de mámoas y antas, tan abundantes en el resto de Galicia, que hace en nuestra región la cuna de los constructores de esta clase de obras. Pero, en cambio, hay o quizás hubo en ella dos de los petroglíficos más interesantes del arte rupestre gallego, porque los dos representan seres humanos, unos solos en algún acto ceremonial y en la otra a caballo, indicando el carácter pastoril del pueblo que las esculpió en las rocas al aire libre en la Península de la Torre o en la antigua Isla de Faro.

Muchos de los petroglifos gallegos de este tiempo fueron esculpidos en las mismas mámoas, en los monumentos megalíticos de la Edad Neolítica, pero las de la Torre están en roca al aire libre, como si fueran altares. Fueron descubiertos por Francisco Martínez de la Iglesia y dados a conocer por Jesús González del Río, quien publicó sobre ellos el primer estudio que se les hizo, con el título «Los grabados rupestres de la Torre de Hércules» (Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, mayo-junio 1915).

Las dos insculturas rupestres tienen en común el representar seres humanos en distintas actividades: la del Polvorín, que está en roca situada en un otero en Montealto, casi a la misma altura que el promontorio que sirve de asiento a la Torre de Hércules, y a la izquierda de ella, mirándola desde tierra, representa un hombre a caballo; mientras que la segunda, conocida por Pena do Altar o dos Bicos, situada en Punta Herminia, a la derecha del promontorio de

la Torre de Hércules, en un lugar mucho más bajo que él, representa una danza de varias mujeres con un solo hombre.

En el arte rupestre, la provincia de La Coruña, que sólo cuenta con una docena de estaciones conocidas, es la más pobre de Galicia, siendo la de Pontevedra, con 147 estaciones, la más rica de las cuatro provincias.

No es sumamente fácil la cronología de esas insculturas, pues pueden pertenecer al Neolítico, a la Edad de Bronce, e incluso alguna de ellas, a la Edad de Hierro. Si atendemos a la clasificación de la cronología hecha por Emmanuel Anti, en «The Rock-carvings of Pedra das Ferraduras at Fentans» (Pontevedra), en «Miscelánea en Homenaje del Atote Breuil», (Barcelona 1964), los del Polvorín y el Altar, de la Península de la Torre de Hércules, pertenecen a la segunda etapa de la evolución del arte rupestre gallego, con sus figuras subnaturales y contorneadas de animales en movimiento y las manos portando armas, imitando las representaciones megalíticas del norte de Portugal (citado por Xesús Taboada Chivite, «Addenda et corrigenda a la prehistoria», de F. López Cuevillas, en «Historia de Galicia», vol. III, dirigida por R. Otero Pedrayo (pág. 515). Esto supone que estos petroglifos pertenecen a la Edad Neolítica, la cual, según Pedro Bosch Gimpera, está encuadrada en el tercer milenio anterior a Cristo.

Esta forma de arte rupestre, que es una de las más extendidas de Galicia, tiene una estrecha relación con otras representaciones semejantes del sur de España: «as figuras humáns con lembranzas esquemáticas, axuntadas no grupo VI —dice López Cuevillas— e de maneira principal a do Polvorín, que ten as mans postas nas cadeiras, contan con moitas semellanzas, podéndose citar as pinturas da Cueva de la Granja, en Jimena (Jaén), e as de Almendrel, en Gergal, que sentan tamén análoga colocación dos brazos e das mans» (López Cuevillas, o, c, 201).

En cambio estas representaciones apenas se transmitieron a la Bretaña y a las Islas Británicas: «As estilizacions antropomorfas —dice López Cuevillas— semellan emigrar con pouca intensidade dende o noroeste da peninsua pro noroeste de Francia, a Gran

Bretaña e a Irlanda, mais as combinacións circulares pódese decir que non entran na primeira distes países e inzan, en troques, con gran forza nos outros dous, namentres os zoomorfos esquemáticos non saen dos seus límites peninsulares, debendo aporse o cono singular da semellanza que coíles apresenta a forma da Granxa de Vaux e un fenómeno de converxencia». (F. López Cuevillas, o, c, 205).

Estos petroglifos no eran puros pasatiempos de los artistas que habitaban la punta de la Torre de la Isla de Faro, en el gran Golfo llamado de los Artábros, por los romanos, sino que tenían una honda significación religiosa. Eran viejos altares de los primitivos pobladores de Galicia y uno de ellos, el de Punta Herminia, a la derecha de la Torre, conserva todavía hoy el nombre de Altar. Así lo entiende también López Cuevillas al referirse a la significación y valor de estas insculturas gallegas: «Nós, sin dar ao noso parecer outro valor que o de unha sinxela hipótese, coidamos que as penelas, ou polo menos algunas delas, emprazadas en certos lugares de culto, desempeñaban o rol de verdadeiros altares nos coales, e con propósito de propiciación, ou por compriren os devotos, grabábanse figuras, como hoxe se encolgan os votos nas capelas do noso culto católico» (F. López Cuevillas, o, c, 2606-77).

Y de este modo, ya en los tiempos del Neolítico, perdido en las nieblas y misterios de la Prehistoria, se inicia a ambos lados del promontorio, donde hoy se alza la Torre de Hércules, la primera forma del más viejo culto de Galicia. El promontorio de la Torre queda en medio de estas dos insculturas, como si fueran dioses tutelares: la del Polvorín, a la izquierda, en un altozano, y la del Altar, a la derecha, en una punta baja y escarpada de esa península. Este valor religioso de la Punta de la Torre, iniciado en el Neolítico no se perdió, sino que se transformó en tiempos más modernos de la Prehistoria, en la que ésta comienza a ser iluminada por algunas luces de la Historia, pues en medio de ella, en el propio promontorio de la Torre, levantarían los celtas emigrados a Galicia uno de sus principales altares: el de la diosa Brigantia, su madre y patrona, que tendría su altar de fuego en aquel altozano para iluminar los mares tenebrosos y que también serviría de atalaya flamígera a los brigantinos de todas las Mariñas.

El carácter religioso de esta pintura esquemática es cada vez más reconocido por los historiadores: «Estas pinturas no interesan por su valor artístico —dice Pedro Aguado y Blaye en su «Historia de España» (vol. I, pág. 123), sino por su simbolismo. Estos esquemas debieron estar al servicio de ideas religiosas, relacionadas particularmente con el culto de los muertos. Las figuras humanas son fantasmas. Los muertos necesitaban animales, por eso se los representa también en la misma forma abstracta, ultraterrena. Ante «la roca de los espíritus» se depositaban ofrendas y se hacían reverencias».

4.—LOS SUPUESTOS ESTABLECIMIENTOS FENICIOS EN EL GOLFO DE LOS ARTABROS Y LA TORRE DE HERCULES

No hay documento alguno, en piedra, en dibujo o en escrito, que atestigüe el establecimiento de los pueblos del Mediterráneo (fenicios, griegos y cartagineses), en las costas de Galicia antes de la conquista de nuestra tierra por las legiones romanas, primero las de Decio Bruto, las del sur del Miño, y por Julio César, las del norte: el primero a fines del segundo siglo anterior a Cristo y el segundo a mediados del primero, también anterior a Cristo. Sólo tenemos alguna referencia suelta del paso, por las costas de Galicia, de alguna nave fenicia, griega o cartaginesa que debió subir de Tartesos, en el sur de la Península Ibérica, en el Atlántico, hacia los pueblos del norte de Europa, incluyendo a los del norte de España, en busca de los metales preciados entonces: oro, plata, cobre y estaño.

Hay muchos motivos para afirmar que los navegantes de las grandes civilizaciones antiguas del Mediterráneo, fenicios y griegos, y luego cartagineses, anduvieron por el norte del Atlántico, por el Mar Cantábrico, en busca del preciado estaño, que se recogía en sus tierras, en la Edad de Bronce, que ellos necesitaban para amalgamar con el cobre y producir el bronce.

De todos los historiadores gallegos ha sido Manuel Martínez Murguía el que más ha insistido en el establecimiento de los fenicios en Galicia, sobre todo en la Isla de Faro, donde fundaron, según él, una colonia y levantaron para el curso de su navegación la torre o faro que se conoce hoy en día con el nombre de Torre de Hércules.

Pero las afirmaciones de Murguía, pese a ser el historiador del positivismo histórico gallego, no se basan en documento alguno, sea escrito o en piedra, madera o metal, sino en simples conjeturas, sacadas la principal de ellas de la lingüística, del supuesto origen fenicio de la palabra Monelos, un barrio de La Coruña, ya fuera de la Isla de Faro, cuando esta palabra puede tener un simple origen latino un tanto transformado.

5.—LA EDAD DE HIERRO Y LOS CUATRO FINISTERRES: LA INFLUENCIA DE LA CULTURA CELTICA GALAICA EN LA DE LOS OTROS FINISTERRES

Las relaciones entre los cuatro Finisterres, tres del norte del Atlántico y el otro del noroeste gallego de España, en el que el Puerto Magno de los Artabros desempeñó siempre un papel de primera importancia, fue muy estrecha en la Edad de los Metales, por ser casi todos ellos productores de estaño y de oro, e Irlanda también de cobre. La introducción del hierro, como instrumento de trabajo, de adorno o de armas, que designa la última fase de la Edad de los Metales, coincide con la emigración y expansión de los pueblos celtas por el Occidente de Europa, desde Bélgica al norte de España, en el continente, y luego a Britania e Irlanda.

Los celtas, que ocupaban los grandes lagos suizos, austríacos y alemanes, y con ellos los tres grandes ríos naveables europeos —Danubio, Rhin y Ródano— se sirvieron de ellos para sus emigraciones al occidente y sudoeste de Europa y también los utilizaron, una vez llegados al mar, para cruzar el Canal de la Mancha y asentarse en Britania e Irlanda, y pasar el Golfo de Vizcaya, para llegar al norte de España y terminar su emigración en Galicia.

La primera cultura céltica que llevó el hierro a estos países europeos occidentales se conoce con el nombre de Hallstatt, nombre del pueblo austríaco de la comarca de Salzburg, en la parte más occidental de Austria, que es la que llegó a Galicia con las primeras emigraciones celtas que comenzaron a construir castros en nuestra tierra, y cuya labor y esfuerzo superó al que habían hecho las gentes de nuestra tierra en la Edad Megalítica. Y es de Galicia de donde partirá esta cultura para ser llevada por mar a los otros Finisterres atlánticos, bien por gentes que se asentaron en ellos, como es lo más probable, o por los que se pusieron en contacto con estos pueblos.

Son los propios historiadores ingleses los que reconocen el valor de la ruta atlántica marítima entre los Finisterres, para la propagación de su cultura, principalmente de la de Galicia hacia los Finisterres del norte, tanto en la Edad Magalítica, en que se levantaron los monumentos megalíticos, como en la Edad de los Metales, en la que, en la etapa del hierro, se construyeron los castros, cuyo modelo será, para los otros Finisterres, el originado en Galicia.

Si tuviéramos la menor duda de que pertenecen a la cultura de Hallstatt las primeras formas de la céltica gallega nos las disiparían los historiadores de otros países, sobre todo los ingleses, que se han ocupado de la emigración de esa cultura a los otros Finisterres, procedente de Galicia, y dan como símbolo de esa cultura los castros que entonces se levantaron, cuyo modelo es el originado en Galicia, el tipo de vivienda y una serie de adornos que llevaban las gentes en ese tiempo.

Los historiadores ingleses R. G. Collingwood y J. L. M. Myres, en «Roman Britain and the English Settlements» (Oxford 1949), donde se ocupan con detenimiento de este tema, señalan dos distintas culturas inglesas de Hallstatt, procedentes de distintas partes del continente europeo, que se extendieron también por distintas comarcas de Inglaterra: una procedente de Francia, que pasó a Inglaterra por el Canal de la Mancha y se asentó en la parte oriental del sur al centro de Britania, y otra procedente de Galicia, que llegó a aquella isla por el sudeste.

Las dos culturas de Hallstatt, la oriental, procedente de Francia y la occidental, llegada de Galicia, tenían en común la construcción de castros, que es el monumento representativo de ella, y tanto los unos como los otros, tanto en su forma como en los materiales de construcción —piedra y tierra— parecen todos ellos hijos de los que se habían levantado en Galicia, y es en los del occidente donde se encontraron una serie de elementos, de alhajas y otros objetos, que son característicos de la cultura gallega del Hallstatt.

Después de presentar Collingwood y Myres los castros y otros monumentos y objetos de la cultura céltica de Hallstatt, llegados al oriente de Inglaterra, nos dicen que «el sudoeste inglés nos muestra una cultura de hierro distinta y un tanto más tardía. Hacia principios del siglo cuarto antes de Cristo, el comercio del estaño empezó a llevar a Cornwall influencias de la civilización Hallstatt del norte de España. La más clara prueba de esta conexión es una serie de broches del tipo Hallstatt tardío que se han encontrado en Harlyn Bay y en Mount Batton (en Cornwall), cuyo origen hay que buscarlo en Galicia o en el norte de Portugal, no lejos de las minas de estaño de esos países, así como la cerámica encontrada en Chun Caatle, un fuerte circular de piedra, en Pinwith, tanto como la forma del fuerte mismo, que se parece muchísimo a las citanias de Galicia, refuerza esa prueba, y cerámica de la misma clase de muchos lugares del sudoeste de Inglaterra, revela que esta conexión produjo extensas consecuencias en la iniciación de la civilización del Hierro en el sudoeste de Britania. Sin embargo, no tardaría mucho tiempo en que la influencia española sería reemplazada en esta parte de Inglaterra por la armoricana (Bretaña francesa). Probablemente los Veneti de Mordiham, a quien César conoció teniendo el monopolio del comercio costero en torno al cabo Finisterre, habían ya empezado a mantenerlo y cortado de este modo las comunicaciones directas entre España y Britania. Cualquiera que fuera la razón, el hecho es que la principal cultura de la Edad de Hierro del sudoeste de Inglaterra, después de una fase inicial en la que fue dominada por la de Hallstatt de España, se dispuso a vivir la cultura de La Tene (la segunda fase de la cultura celta en la Edad de Hierro) en estrecho contacto con la Bretaña francesa».

Fueron estos pueblos celtas los que encontraron, a su paso por la costa de la actual Galicia, los navegantes griegos, que andaban por el Atlántico en busca de estaño, cuya presencia registró uno de ellos, un masaliota, procedente de Masalia (Marsella), en la costa de las Galias, que fue quien con las notas que de viaje escribió de su periplo, le dio entrada en la Historia al pueblo gallego.

6.—LA NAVEGACION DE LOS GRIEGOS EN EL NORTE DEL ATLANTICO: EL PERIPLO MASALIOTA Y LOS ARTABROS

Los griegos no sólo nos dejaron una bella leyenda, la de Hércules y Gerión, que tenía por escenario la Isla de Faro, sino los testimonios escritos más antiguos que existen sobre los pueblos de la costa de Galicia, por cuyas aguas ellos se aventuraron hacia la mitad del primer milenio antes de Cristo, rumbo a las Islas Británicas, con sus dos Finisterres, el galés y el irlandés, y del Finisterre francés en la actual Bretaña. Sus relatos se perdieron en el original griego, en que fueran escritos, pero en ellos bebieron, como fuentes secas de información geográfica, los geógrafos latinos de la Era Cristiana, que sentían gran curiosidad por los pueblos que habitaban el Atlántico en el norte de España y en otras tierras más hacia el actual Canal de la Mancha y el Mar del Norte, y gracias a ellos sabemos quiénes eran o por lo menos tenemos referencias de ellos que nos permiten sospechar el carácter e incluso el nombre de alguno de esos pueblos.

No conocemos la fecha exacta del primer relato conocido por el periplo Masaliota, por ser un griego natural de la colonia focense de Marsella, quien lo escribió para dejar constancia de su viaje a Tartesos y de las costas que había más allá de Tartesos. Masalia, colonia fundada hacia el año 600 antes de Cristo, y que abrió al comercio con los griegos, no sólo los pueblos de las costas occidentales del Mediterráneo, sino también los del Atlántico, donde estaba Tartesos, en el extremo sur de la península; y también por el Ródano, que desagua en el Mediterráneo, no lejos de Marsella, con

los celtas, cuya principal ciudad sagrada, Lugudunum (Lyon) estaba justamente en la orilla de este río. Los griegos de Marsella fueron los que extendieron la colonización griega por las costas españolas de Cataluña, donde fundaron a Emporium (Ampurias), y Valencia, donde establecieron Jacynthus (Sagunto). La expansión griega por estas costas fue la causa de que se confabularan contra ellos etruscos y cartagineses y los derrotaran en la batalla de Alalia (535 a. de Cristo), que puso fin a esa expansión, forzando a los griegos a abandonar muchas de sus colonias, sobre todo las que tenían en las grandes islas del Mediterráneo occidental, pues Córcega fue ocupada por los etruscos y Cerdeña y las Islas Baleares por los cartagineses, los cuales le disputaban además a los griegos la isla de Sicilia. La conquista de Gadir, el gran puerto de los fenicios, por los cartagineses, que cerraron con dos llaves, una europea y otra africana, el Estrecho, llamado hoy de Gibraltar, puso fin a la navegación griega por el Atlántico.

El periplo masaliota fue escrito, por lo tanto, entre la fecha de la fundación de Marsella por los griegos focenses, hacia el año 600 a. de C. y la batalla de Alalia, que les cerró las puertas del Atlántico en el 535.

El geógrafo y político romano Rufus Festus Avieno que vivió al final del siglo IV, a. de C., que conocía Africa, donde fue procónsul en la segunda mitad del siglo IV a. de C., y también España, recogió parte de la información del periplo masaliota en su «ara marítima», que describe las costas de la Península Ibérica y otras partes de los dominios romanos en el Mediterráneo occidental. Según Schulten la parte de la «ara marítima» que se refiere a Galicia comprende los versos del 168 al 172 del poema, mencionando dos pueblos de nuestra tierra que habitan sus costas en el siglo VI: a. de C.: en la parte marítima los arubi, y en el interior los drag.

Para el historiador español Pedro Aguado y Bleye, los arubi citados en su «Ora marítima», por Avieno, recogiendo el relato masaliota, son los ártabros que habitaban la costa del noroeste de Galicia, desde el Cabo Ortegal al Cabo de Finisterre, a la llegada de los romanos: «los textos clásicos —dice Aguado y Bleye— nos transmiten los nombres de las tribus celtas de España y las

localizan, pero deben distinguirse dos épocas: el siglo VI y el siglo III. Del siglo VI no se sabe casi nada más que lo que decía el *Períplo Masaliota*. Este menciona a los cempsi, al sur de Portugal y más al norte a los sefes. En Galicia vivían los arubi (Arubion, Arvion, Cabo Ortegal), luego llamados ártabros» (Pedro Aguado y Bleye, «Manual de Historia de España». vol. I, 164).

Desde el cierre del Estrecho por los cartagineses no podían pasar por él naves griegas, pero en cambio había navegantes griegos que se aventuraron en el Atlántico en naves fenicias o cartaginesas. Este es el caso de otro masiliota griego, Piteas, quien en el último tercio del siglo IV a. de C., navegando en una de estas naves, salió de Gades hacia el norte del Atlántico, siguió la costa de Hispania, cuyo carácter peninsular reconoce y llegó a las Islas Británicas y al Mar del Norte (Florentino López Cuevillas «Historia de Galiza», vol. III, *Prehistoria* 215). Según los historiadores ingleses, Piteas llegó al archipiélago de las Islas Shetland, al norte de Escocia, y a la Península de Jutlandia, en Dinamarca, ambos en el Mar del Norte.

Como ocurrió con el relato del masiliota del siglo VI a. de C., el nuevo masiliota del siglo IV de la misma era se perdió, pero López Cuevillas cree que fue utilizado por el geógrafo griego Estrabón, ya de la primera centuria anterior a Cristo, sobre todo en cuanto a la duración del viaje de cinco días entre el Cabo Ortegal en Galicia, y las Islas Británicas (o, c, 215-6).

Los viajes de estos dos masiliotas, el del siglo VI y el del siglo IV antes de la Era Cristiana, por las costas gallegas, iban rumbo a los otros Finisterres atlánticos, el bretón, el inglés y el irlandés, pues sin duda los griegos buscaban el oro y el estaño abundante en ellos, ya que el cobre que se utilizaba con el estaño para formar el bronce, metal que designa toda una época de la Prehistoria, abundaba en el sur de España en el territorio de Tartesos.

Gracias a la curiosidad de estos griegos navegantes recibió Galicia la fe del bautismo de la Historia, y con Galicia, como sus más fidedignos representantes, los ártabros de su noroeste. Fe de bautismo registrada en los libros bautismales de la Geografía, de la Historia y de la Poesía, en griego y en latín, que eran las lenguas cultas de las dos grandes civilizaciones europeas.

7.—ARTABROS, ARROTREBAS Y BRIGANTINOS

Las primeras noticias que tenemos por historiadores griegos y romanos anteriores a la Era Cristiana, de los primitivos pobladores de las comarcas marítimas gallegas, en cuyo centro está la actual ciudad de La Coruña, nos informan de que estaban habitadas por los ártabros, que otras veces se denominaban arrotrebas, y que una de las grandes tribus de este gran pueblo, que se extendía por todo el noroeste de Galicia, entre los Cabos Finisterre y Ortegal, era la de los brigantinos, que ocupaban el *Portus Magnus Artabrorum* (donde estaba la ciudad o pueblo de *Brigantia*), y las comarcas vecinas.

Estos viejos historiadores nos dan a entender que el pueblo de los ártabros y el de los arrotrebas eran uno mismo, y que con ambos nombres se designaba el mismo pueblo: «*Artabros y arrotrebas* —dice Florentino López Cuevillas—, el primero de estos dos nombres era el más antiguo, según Estrabón, pero en cambio el historiador romano Plinio nos dice que el nombre que vale es el de arrotrebas. La denominación de ártabros aparece en Posidonio, Pomponio Mela, Silvio Itálico y Ptolomeo, y sirve también para designar un cabo, un *promontorium artabrorum*, y una o dos bahías de los ártabros: *Artabrus Sinus* y *Portus Magnus Artabrorum*, conservándose, en cambio, el nombre de Arrotrebas en el Arros, nombre de un arciprestazgo que suena ya en el siglo V, en las actas de los Concilios de Braga y Lugo y que está situado en el norte de la actual provincia de La Coruña, en la comarca del Cabo Ortegal.

En realidad no hay oposición alguna entre ambos nombres y son, sin duda, dos distintas maneras de designar a un mismo pueblo, y que debieron ser empleadas para así llamarlos por los distintos vecinos. Así lo muestra también la existencia de un pueblo celta, sin duda parte de este gran pueblo que habitó la extensa zona entre el Rhin y el Sena, en el noroeste de Francia, ocupando gran parte del sur de la Bélgica actual y del noroeste francés, en el Departamento actual del Paso de Calais, donde se estrecha el Canal de la Mancha, pues existe la misma ambivalencia de terminología para designar

este pueblo, y esta ambivalencia se corresponde casi exactamente con la de los ártabros y arrotrebas, con pequeñas diferencias de morfología y fonética impuestas por el tiempo y las distancias geográficas.

El pueblo que habitaba estas regiones belgas, al sur del Rhin y entre ellas el Sena francés, pertenecía a los celtas belgas, que era uno de los tres grandes pueblos celtas en que se dividían las Galias. Este pueblo, que habitaba las comarcas señaladas, se llamaba Atrebate, y era tenido por la tribu principal de los galos belgas. La capital de estos galos belgas era Nemetacum, más tarde conocida por Arras, ciudad que en la Edad Media fue la capital de uno de los condados más importantes de Flandes: el de Artois. Y así vemos como el condado de Artois, en Flandes, con la misma raíz lingüística que Artabro, tenía como capital una ciudad con nombre celta sumamente abundante en el territorio de los ártabros, donde nos encontramos con el viejo arciprestazgo de Nendos, que se extendía por las Mariñas, cuyo nombre antiguo es el céltico de Nemitos, y más al occidente, en la zona de Finisterre, hay otro arciprestazgo, el de Nemancos, y no lejos de Finisterre, entre este Cabo y Muxía, está la playa de Nemiña, y en Bergantiños el monte Neme, que pertenece al ayuntamiento de Carballo. Y fuera del territorio de los Artabros, en el sur de Galicia, nos encontramos con la vieja mansión de la calzada romana número XVIII, llamada Nemetóbriga, que es hoy Trives el Viejo. También proceden de la misma palabra celta y tienen, por tanto, el mismo significado de santuario: Nantón, en el ayuntamiento de Cabana, en el partido judicial de Carballo, y Nantes, en la misma península pontevedresa que Armenteira.

El historiador irlandés T. G. E. Powell señala la importancia que tuvieron estos sotos (groves) sagrados para los celtas, y como tales sotos se repartían por todo el mundo celta, desde Escocia a Irlanda, pasando por Galicia hasta Asia Menor, pero de nuestra tierra sólo cita el nombre de Nemetóbriga, ignorando que estos santuarios eran más abundantes en las tierras de los ártabros que en cualquier otra parte del mundo celta, como lo revela la toponimia, todavía hoy existente: «Una de las formas más extendidas del santuario

celta —dice Powell— parece haber sido el soto sagrado. Esta parece ser la significación general de la palabra nemeton, que está ampliamente diseminada por todas las tierras celtas, en una serie de nombres y lugares. Ejemplo de ellos son Drunemeton, el santuario y lugar de reunión de los gálatas, en Asia Menor; Nemetobriga, en la Galicia española; Nemetacum, en el territorio de los artrebates en el nordeste de las Galias, y Nemetodurum, de donde se deriva la palabra del nombre moderno de Nanterre. En Britania existe un lugar, Vernemeton, en Nottinghamshire, y en el sur de Escocia un Medionemeton» (pág. 138-9).

El nombre Nemeto, que en celta significaba santuario y muchas veces soto sagrado, no era privativo de los celtas belgas, sino común a todos los pueblos celtas, por eso en Galicia lo encontramos en distintas partes de ella, aunque es, como ya indicamos, más abundante en las tierras de los ártabros.

Más tarde, ese Nemetacum, capital de los atrebates, en Bélgica, se llamó Arras, término que recuerda el de Arros, en las comarcas de Ortegal, y era capital de un territorio que en la Edad Media fue conocido por Artois, término asociado como los de Arteijo y Artes, ésta una parroquia de Carballo, a los ártabros.

Uno de los pueblos del territorio del Paso de Calais, del antiguo pueblo de los atrebates, era el pueblo de Armentiere, que es exactamente igual en sus raíces que los de Armentón y Armental, en Arteijo, y más aún, ya fuera del territorio de los ártabros, el de Armenteira, en la provincia actual de Pontevedra.

Y esta misma presencia de nombres, comunes con los de los ártabros del noroeste de Galicia, la encontramos del otro lado del Canal de la Mancha, enfrente de las tierras del Departamento del Paso de Calais, que fueron pobladas, en el siglo I antes de la Era Cristiana, por los galos belgas, que huyeron a Inglaterra, o la invadieron, escapando a la doble presión de los germanos, que avanzaban hacia el sur desde el Rhin, y de los romanos, acaudillados por Julio César, que marchaban desde el sur, a mediados del siglo I a. de C., para apoderarse de las Galias. En esa parte de Inglaterra, dominada por los galos belgas, el principal puerto de comunicaciones con Francia es el de Dover, palabra germanizada

procedente de la antigua Dubra, que para los conocedores de la geografía de Galicia y en particular de la de la provincia de La Coruña, nos es sumamente familiar, pues es el nombre del río Dubra, que recorre las tierras de Tordoya y Buján, vecinas con la de Bergantiños, para ir a desembocar al Tambre.

Más difícil es precisar la relación que existía entre los brigantinos, que ocupaban la parte central de las tierras de los ártabros, con centro en La Coruña, entre el Cabo San Adrián, al sur, y Prior, al norte, y los ártabros, porque estos dos pueblos aparecen como distintos, ocupando tierras diferentes, en otras partes de Europa, pero, en cambio, asociados un tanto a ellos, como si fueran de la misma familia. Y también es muy posible que los brigantinos fueran una de las ramas del gran pueblo de los ártabros, pero un tanto diferentes y separados de ellos.

8.—LOS SANTUARIOS CELTAS: LOS GRANDES SANTUARIOS: BRIGANTIA Y LOS BOSQUES SAGRADOS (NEMETON)

El pueblo celta tenía una gran atracción por levantar santuarios, la mayor parte de ellos a sus dioses, y algunos también a sus muertos. Una de las grandes herencias que nos dejó el pueblo celta, al asentarse en Galicia, fue su amor por los santuarios y romerías, que constituyen una de las formas más activas e intensas de nuestra vida social, y muchas de esas romerías, hoy cristianas, como las de San Andrés de Teixido, en Ortigueira, y la de Nosa Señora da Barca, en Muxía (Corcubión), son una herencia todavía más fuerte y más viva, pues en ambos santuarios se siguen adorando en forma cristiana las antiguas creencias del pueblo que los organizó antes de la Era Cristiana.

Nemeton era el término general aplicado a esos santuarios celtas, término tan abundante, como ya hemos indicado en la comarca de Bergantiños y Finisterre. Pero este término tenía varias significaciones por ser también distintos los santuarios que designaban. Algunos de éstos eran lugares de peregrinación y reunión de

toda la tribu, que no podía recogerse en un simple soto. Este es el carácter que tienen varios santuarios irlandeses, que por eso se consideran reales, entre ellos uno a Emain Mache, la diosa de la fertilidad, que se equipara a la Diosa Brigantia, y otros eran mucho más modestos, como los de los sotos sagrados.

Al parecer —dice T. G. E. Powell— verdaderamente la palabra nemeton tenía una significación amplia, y existen dos categorías de lugares, además del de soto sagrado, que así se denominaban. En primer lugar, había los lugares en los cuales se celebraban las reuniones del clan (tuath) o tribu. El centro galata de Drunemeton y los varios lugares de Irlanda, Emain Mach, Tara, Chuacain, y otros lugares, pueden servir de ejemplos. Estas reuniones populares no se hubieran podido celebrar en los estrechos límites de un soto, sobre todo las carreras, juegos y otras reuniones públicas de variadas clases que eran elementos esenciales de estos festivales. En Irlanda uno se encuentra que los lugares tradicionales son, en efecto, más notables por sus monumentos funerarios que por las señales de habitación y defensa, y en la literatura, son las mámoas las que se recuerdan y las que se dan como razón de que se celebre la reunión en aquel lugar. En segundo lugar, sin embargo, parece ser que se empleó el término nemeton para designar pequeños santuarios, santuarios locales, y si se pudiera juzgar por la unión de este término con el de *sacellum*, y con una inscripción romana de Vaison, Vaucluse, que conmemora el establecimiento de un santuario, de un nemeton, en honor de la diosa Belesana. Esta inscripción se refiere, sin duda, a un edificio» (pág. 140).

Como veremos, por una cita del gran historiador de la Prehistoria de Galicia y en ella de los pueblos celtas, Florentino López Cuevillas, todas las significaciones y funciones que le atribuye Powell a los antiguos santuarios celtas, son las que él le asigna a los castros, levantados sin duda en su mayor parte por los celtas de nuestra tierra, como son las de ser lugar de reunión de la tribu, de sus asambleas y de sus fiestas, de habitación del hombre, de granero y establo y también de enterramiento de sus muertos. Y surge entonces la pregunta: ¿cuál es la relación que existe entre los antiguos santuarios nemeton y los más modernos castros? La

pregunta está todavía hoy sin contestar, porque los arqueólogos no han investigado bastante para que podamos conocer esta evolución en la vida religiosa del pueblo celta: el traslado de los santuarios de los sotos o de otros lugares a los altozanos de los castros, traslado que debió coincidir con el de la vida entera de la tribu o del clan de la llanura al otero.

Pero si se podían trasladar fácilmente del llano al otero los pequeños santuarios, o los pequeños sotos, era, sin embargo sumamente difícil poder llevar a ellos las grandes concentraciones humanas, como las que se reunían en los llamados santuarios reales, por Powell, como el de la diosa Emain Mache, en Irlanda, diosa que no es más que una distinta versión de la diosa Brigantia, de los brigantinos, cuyo santuario se levantó, sin duda, en el promontorio de la vieja Isla de Faro. El santuario de Brigantia, en el altozano de la punta de la isla, cara al mar infinito que llevaba a Irlanda, a las Islas Británicas y a la Bretaña francesa, sin sotos, grandes o pequeños, con plenitud de espacio para congregar allí a las más varias gentes de las distintas tribus que debían formar el pueblo de los brigantinos (1).

Brigantia era el gran santuario marítimo de Galicia en los viejos tiempos celtas. En el interior de nuestra tierra el gran santuario era Lugo, en honor del Dios Lugh, que en forma latinizada se conocía por Lugus o Lucus, una especie de Mercurio celta, que era uno de los más honrados en todos los lugares en los que se habían establecido las tribus celtas. Durante muchos años los historiadores gallegos, tomándolo unos de los otros, se empeñaron en que esa palabra significaba bosque sagrado, ignorando su real origen. No sabemos, en cambio, si nuestro Lugo, que era el principal santuario probablemente de toda Galicia, en la época celta, comenzara como un soto sagrado, o un nemeton, antes de convertirse en el gran santuario de grandeza real de la Galicia celta, y cuyo valor y significación reconocieron los romanos, ya en tiempos de Augusto, haciendo de él, más tarde, la capital del convento romano del norte de Gallaecia.

(1) Terence G. E. Powell, «The celts», New York 1958.

Hay algunas citanias celtas, como la de Santa Tecla, en la desembocadura del Miño, que son no un simple castro, sino una gran montaña con la forma y silueta de castro, un tanto semejante a la que tiene, frente a la Torre de Hércules, y en la parte sur de la ensenada del Orzán, o Monte da Vixía. Es probable que en la evolución del castro a la citania, que no excluyó al castro, sino que convivió con él, siendo la citania una excepción particular, influyera la necesidad de disponer de un lugar más espacioso que el ordinario del simple castro para todas las actividades del clan o de la tribu, desde las fiestas a los enterramientos y desde la habitación y el trabajo diario al extraordinario de la defensa de la citania por hombres y mujeres contra el enemigo común.

9.—LAS EMIGRACIONES CELTAS AL OCCIDENTE Y SUR DE EUROPA; LOS BRIGANTINOS

Al comienzo del primer milenio a. de C., se produjo uno de los grandes movimientos migratorios de los pueblos del centro de Europa hacia el occidente y el sur, buscando tierras más templadas para asentarse. De la gran emigración de los pueblos celtas, que se produjo casi desde los mismos territorios en que se iniciaría en el siglo IV de la Era Cristiana, el movimiento migratorio de los pueblos germánicos hacia el occidente y el sur de Europa: «Una serie de invasiones empezaron hacia el año 1000 anterior a Cristo —dice David Harris Wilson—; desde ese tiempo hasta el comienzo de la Era Cristiana, gran parte del occidente de Europa, al norte de los Alpes, estaba dominado por una raza conocida por los celtas. Ocupaban un extenso territorio que comprendía los países actuales de Bélgica, Francia, Alemania Occidental y Suiza, en los Alpes occidentales. No pertenecía a una de las tres razas de Europa (Nórdica, Alpina y Mediterránea) sino que eran una mezcla de la nórdica y la alpina. Descendían en parte del pueblo de «las hachas de combate», llegados del norte de Europa, y en parte del pueblo de las vasijas que había vivido en la parte superior del Danubio y en los Alpes. En sus venas había sangre de estos dos pueblos primitivos. De aquí la gran semejanza que tienen con el pueblo de las vasijas

que se había establecido en Inglaterra un milenio antes, y que más tarde se mezclaron con otros pueblos primitivos para formar la llamada sociedad de las urnas, de la Edad de Bronce. Los celtas de la Europa occidental vivían bajo la presión de las tribus germánicas en el norte y de los pueblos ilíricos que invadían Europa desde el este» (David Harris Wilson. «A History of England», New York 1967-7).

Por eso los celtas no constituían una raza, sino una cultura de lengua y de modo de vida, sobre todo desde el punto de vista de otros pueblos, particularmente los romanos y griegos, más civilizados que ellos, con los que se pusieron en contacto en el Oriente y en el Occidente de Europa.

En el corazón del territorio ocupado entonces por los celtas (sur de Alemania y Checoslovaquia, este de Austria y norte de Suiza) nacen los tres grandes ríos de Europa que marchan en tres direcciones distintas: el Danubio, que corre hacia el este para desaguar en el Mar Negro; el Rhin, que marcha hacia el occidente para desembocar en el Mar del Norte, y el Ródano, que baja por las tierras francesas en busca del Mediterráneo. Y de este modo ayer como hoy ese centro de Europa encontraba fácil comunicación a través de esos tres ríos con todos los demás pueblos del continente europeo: con los más avanzados del sur y del este, y los menos del occidente. Y así en los primeros tiempos les sirvieron estos grandes ríos de medio de comunicación, y en la época de las grandes emigraciones les servían de camino fluvial para su marcha emigratoria.

Se supone que las primeras emigraciones celtas comenzaron a principios del primer milenio anterior a Cristo, por el tiempo en que se desarrollaba en el occidente de Austria, en la comarca de Salzburgo, en la parte superior de la vertiente del Danubio, la llamada cultura de Hallstatt. Eran pocos en número e hicieron poca impresión sobre las comunidades de las urnas, cuya vida pastoril supplementaron con la caza. Debieron estimular el tránsito de la primera Edad de Bronce a la del Hierro, y desarrollaron nuevas armas e instrumentos de bronce. Pero la gran emigración celta al occidente de Europa se produjo a mediados del siglo VIII, a.

de C., hacia el año 750. Fue entonces cuando entraron en masa en Inglaterra. Eran probablemente celtas, procedentes de los lagos suizos. Atacados por las tribus germánicas, estos habitantes de los lagos emigraron al oeste y cruzaron el mar para entrar en las Islas Británicas (David Harris Wilson, o. c, 7-9). Tenían un vivo interés por la agricultura, para la cual disponían de un pequeño arado tirado por dos bueyes. Eran también ganaderos y sus armas eran muy superiores a las de los pueblos indígenas. Disponían de herramientas de carpintería y también para trabajar el cobre y la plata.

En el centro de ese mundo céltico estaba el mayor lago de la Europa occidental, conocido hoy por el Lago de Constanza, que sirve de depósito de agua al caudaloso Rhin, antes de emprender su carrera hacia el occidente, en busca del mar, por tierra, primero entre Suiza y Alemania, más tarde entre Alemania y Francia, para entrar en Holanda. Ese lago se conocía en el mundo céltico por Lago Brigantino, y en él desembocaba el río Brigantino, en cuya orilla se levantaba la ciudad de Brigantia, hoy en el territorio de la provincia austriaca de Vorzberg, que todavía conserva ese nombre germanizado y desfigurado en la forma de Bergantz. Sin duda este lago fue el punto de partida de los celtas hacia el occidente, por el Rhin, arteria vertebral de sus comunicaciones y emigraciones hacia Francia, Holanda e Inglaterra y también España, y por el Ródano salía al sur por el Mediterráneo, donde se pusieron en contacto con las civilizaciones mediterráneas de los griegos massa- liotas y de los etruscos de la península italiana. Más tarde, al despoblarse en gran parte esas tierras de celtas, fueron habitadas por los suevos, por lo que el Lago Brigantino recibió el nuevo nombre germánico de Lago de los Suevos (Schirabisches See).

Los brigantinos y con ellos otros pueblos celtas bajaron por el Rhin más en barcos que a pie o a caballo. Otros prosiguieron su camino por tierra a través de las Galias, camino de los Pirineos. En Inglaterra, el extenso territorio del centro de la isla, que ocuparon los brigantinos en la emigración celta, está enfrente de las bocas del Rhin y de sus tierras adyacentes en el Canal de la Mancha y el Mar del Norte. Y si los brigantinos para cruzar ese canal y ese mar

utilizaron embarcaciones, lo mismo las pudieron usar otros celtas para llegar por mar de las tierras de las Galias al Finisterre gallego. Y en abono de esta hipótesis está la toponimia de los pueblos del Canal de la Mancha, tanto en Inglaterra como en las Galias, que se repiten en Galicia, y que no están, en cambio, en las otras regiones del norte de España, donde los debíamos encontrar si hubieran hecho el viaje de su emigración por tierra y hubieran pasado por ellas. Además si en la Prehistoria, cuando eran más rudimentarios los medios de transporte, en la Edad de Piedra, hubo emigraciones marítimas de Galicia a las tierras de los otros Finisterres atlantes, hay más que sobrada razón para suponer que gran parte de la emigración céltica fue marítima en este tiempo, cuando el hombre disponía de mejores medios de transporte.

Volvemos a encontrar a los brigantinos, llamados brigantes, en la parte central de Inglaterra cuya costa, en el Mar del Norte, está enfrente de la desembocadura del Rhin en Holanda. Entre el territorio que ocupaban, donde están hoy las ciudades de York, Rochester, Lancaster, Liverpool y Hull, muy al norte de Londres y el que ocuparon los atrebates en el extremo sudeste de Inglaterra, no sólo hay una gran distancia, sino que había otros pueblos entre ellos que los superaban.

Así como tenemos noticia de la llegada de los celtas belgas a Inglaterra en el último siglo anterior a la Era Cristiana, carecemos de ellas para conocer la del asentamiento de los brigantes en el centro de Britania y de la relación que tenían con los brigantinos de Galicia. En la conquista de Inglaterra por los romanos hay una marcada diferencia entre atrebates y brigantinos, pues mientras los primeros, más civilizados y con mejores tierras agrícolas, fueron los primeros en someterse a la civilización romana, de la que fueron en Inglaterra los máximos representantes, no ocurrió lo mismo con los brigantes, menos文明izados que ellos, que ofrecieron una tenaz resistencia al invasor, y mientras los primeros conocieron ya la dominación de Roma en tiempo de Julio César, a principios de la segunda mitad del último siglo del primer milenio anterior a Cristo, los segundos sólo se sometieron en el tiempo de los emperadores de la dinastía Flavia (Vespasiano, Tito y Domiciano), por eso se

llamaba más tarde esa provincia inglesa Cesárea Flavia, nuevo punto común con Galicia, donde son también importantes las ciudades que llevan este nombre (Iria Flavia, Flavia Brigantia y Flavia Navia).

10.—BRIGANTIA Y LOS BRIGANTINOS

En el mundo celta es muy grande la identificación de los dioses con las manifestaciones de la vida humana, por lo que las tribus celtas llevaban el nombre de algún dios o diosa, como si fuera su padre o madre progenitora y también muchas de las principales ciudades celtas llevaban el nombre de algún dios.

En Galicia son dos los dioses cuyo nombre se conservó en dos ciudades del norte de nuestra tierra: Lugh, en forma latinizada de Lugus, dios común a todos los pueblos celtas, a quien los historiadores equiparan con Mercurio, conocedor de todas las artes, cuyo conocimiento le permitió entrar, después de vencer la resistencia de los otros dioses, en la teogonía céltica, cuyo nombre se conserva aún hoy día en el de la ciudad de Lugo, en el corazón de Galicia, y la principal ciudad de nuestro país en la época romana, pues Braga, la capital de la Gallaecia, está ahora en el territorio de Portugal, y Brigantia, diosa más local, por ser la diosa y madre de la gran tribu de los brigantinos, diosa de la fertilidad de la tierra y también de la sabiduría, equiparada por los romanos a Minerva, que era el nombre de la que es hoy la ciudad de La Coruña, reconocida como tal por los romanos con solo la añadidura de Flavia Brigantium.

El dios Lugh, en su forma latinizada de Lugus, es uno de los nombres más comunes a todos los pueblos celtas, y, por eso, se encuentra en casi todos los países ocupados por aquellos. Su fiesta se celebraba, y en algunos lugares de Irlanda todavía se celebra, el 1 de agosto, como fiesta del verano y de la recolección. Era el nombre, Lugudunuk, de la ciudad más importante de los celtas galos, llamada hoy Lyon, conquistada por Julio César, y convertida por Augusto en la primera capital de las Galias romanas, y también lo es, en Francia, de Laon. La encontramos en forma germanizada en

Leyden, en Holanda y en Leibnitz en Alemania, y en Inglaterra estaba, en el territorio de los brigantes la ciudad de Luguvallium, conocida hoy por Carslile. En Galicia la ciudad más importante del norte de ella, al comenzar la conquista romana, era la actual Lugo, y, por serlo hizo de ella el emperador Augusto la capital de un convento jurídico como parte de la España Citerior.

La otra ciudad era Brigantia, no en el interior de Galicia, como Lugo, sino en la costa. Brigantia era una diosa local, la diosa de los brigantinos o brigantes, que los romanos equipararon a Minerva; era también la diosa de la fertilidad, como si fuera la madre tierra. En Irlanda tomaba la forma y nombre de Brighd, la cual al cristianizarse el país le identificó con Santa Brígida: «el nombre de Brighd —dice Proinsias Mac Cana, en «Celtic Mythology» (New York 1970)— era originalmente un epíteto que significaba «la exaltada», al igual que su cognado en lengua sánscrita brihñi, significaba un epíteto divino «lo excelsio». Término que tiene una correspondencia en el Brigante, de los ingleses, el cual en su forma latinizada era Brigantia, que significaba también «la exaltada», que era la diosa de los brigantinos. No parece improbable que esta tribu tomara su nombre de la diosa. Por entonces se debió conocer a esta diosa (Brigantia) en el continente europeo, en las regiones de donde ellos (los celtas) emigraron y en donde quedaron otras gentes de su mismo pueblo» (pág. 35).

Tanto en Irlanda como en Inglaterra la diosa Brigantia, además de confundirse en Irlanda con Brighd, tenía otros nombres: los de Macha y Medhbh. Todavía hoy en Irlanda la diosa Macha tiene uno de los grandes santuarios del país: «Irlanda está llena de lugares sagrados —dice el historiador irlandés Edmund Curtis, en su «A History of Ireland», Dublín 1965—, en honor de los muertos, sotos en honor de los dioses y grandes castros, como los de Tara, Emain Mach y Aileach» (pág. 2).

Según Giraldus Cambrensis, el culto a esta diosa en la forma de Brighd consistía en un fuego permanente guardado por monjas que se turnaban, encendido en un recinto amurallado en el que no podía entrar hombre alguno. (Proinsias Mac Cana, o, c, 34).

Brigantia, la ciudad fundada por los brigantinos en la Isla de Faro, lleva el nombre de su diosa tutelar de la tribu, y era como el santuario de ella. Y de este modo, la península de la Torre, donde ya había dos oratorios de la época neolítica o de la Edad de Bronce, volvió a ser con los celtas, y con su ciudad de Brigantia, un santuario todavía más importante, como si fuera el centro y corazón de la tribu de los brigantinos o quizás más aún del gran pueblo de los brigantinos, que allí se habían asentado y se extendían por las Mariñas y gran parte de las actuales tierras de Bergantiños.

Entre los artistas que esculpieron en las rocas del Polvorín y el Altar, en la antigua Isla de Faro, insculturas del tercer o segundo milenio a. de C., y el santuario levantado a la diosa Brigantia por los brigantinos, media un milenio, y cuando se dedicó aquel promontorio a la diosa Brigantia, las insculturas eran, como los dioses, lares o penates que velaban por la nueva diosa brigantina. Es probable que en ese largo tiempo que media entre unas y otro, se levantara en el altozano que hoy sirve de asiento a la Torre de Hércules, la antigua torre construida por Breogán, según unos en la Edad de Bronce, y según otros ya al principio de la de Hierro, entrado ya el primer milenio antes de Cristo, en que debieron llegar a Galicia las primeras invasiones celtas, unidas a la llamada Cultura de Hallsstatt, siglos antes de que se asentaran en las tierra de las Mariñas y del actual Bergantiños, los brigantinos, o quizás también pudiera ser que las primeras invasiones celtas de nuestra tierra fueran justamente las de estos brigantinos.

Los grandes santuarios más viejos de Galicia, sobre todo de la provincia de La Coruña, son marítimos, comenzando por el de San Andrés de Teixido, y probablemente pre cristianos: es claro el origen pre cristiano de San Andrés de Teixido, con su culto a los muertos y la transmigración de las almas, pero no lo son menos los de Nosa Señora da Barca, en Muxía, cuyo culto está unido a pedra d'abalar y a pedra dos cadrises, que tienen virtudes curativas para los peregrinos, y también el de Nosa Señora de Pastoriza (Arteijo) levantada al pie de uno de los castros mejor conservados de Galicia. El de Brigantia (que todavía se conserva en la forma disfrazada de Macha, en Irlanda), debió de ser uno de los más famosos de

Galicia, en aquellos tiempos, pues fue en busca de él, a principios del último siglo de la Era Cristiana, el cónsul de Lusitania Publio Licinio Craso, y una década más tarde llegó directamente de Lisboa a Brigantia el conquistador Julio César, como si éste fuera el objetivo principal de su conquista.

11.—LOS CASTROS Y EL MUNDO GALLEGO: LOS CASTROS DE LAS MARIÑAS Y EL PROMONTORIO DE LA TORRE DE HERCULES

La cultura de los castros es la forma más representativa de las creaciones del pueblo gallego en los tiempos ya más iluminados del primer milenio antes de Cristo, en que se extendieron por el occidente de Europa los pueblos celtas que habitaban en el centro del continente, en las tierras del sur de Alemania, Checoslovaquia, Suiza y occidente de Austria, de donde parten los tres grandes ríos europeos: el Danubio, para el este; el Rhin, para el oeste, y el Ródano, para el sur, y de donde partirían siglos más tarde las grandes emigraciones germánicas, de los pueblos que habían desalojado de esas mismas tierras a los celtas, y luego, como si fuera un fatalismo de la historia, emprendieron el mismo camino hacia occidente y sur de Europa, que habían tomado mucho tiempo antes los celtas.

Con los castros, el hombre dio nuevas formas a la orografía de las comarcas que habitaba. En Galicia abundan los castros en todas las comarcas, sobre todo en las más próximas al mar, y las comarcas de las Mariñas, de la actual provincia de La Coruña, son ricas en esta clase de monumentos prehistóricos, unidos en la mayor parte de Europa a la emigración de los pueblos celtas. Hay unos 25 castros en los alrededores de La Coruña, sin contar el promontorio de la Torre de Hércules, que también tiene una silueta castrense, y quizás también lo sea, o por lo menos un monte sagrado céltico, o Monte da Vixía, conocido en La Coruña por monte de San Pedro, que cierra en la parte sur la ensenada del Orzán, y probablemente lo fue también, destruido por las edificaciones que allí se levantaron

desde los tiempos más lejanos de la historia, la colina en la que se levantó la Ciudad Vieja, en la propia Coruña.

Nadie ha presentado más a lo vivo lo que fue el castro en estos tiempos de la Prehistoria de Galicia, que Florentino López Cuevillas, en su «Prehistoria» («Historia de Galicia», dirigida por R. Otero Pedrayo, vol. II, Santiago de Compostela 1971): «Chámase xustamente castrexo a nosa cultura celta, por seren os castros os únecos representantes e os únecos xacimentos que gardan a sua lembranza. Están niles, entón, os santuarios dos deuses e as sepulturas dos mortos. Iles eran o lugar onde se habitaba e o sitio onde se erguían os celeiros, que gardaban as colleitas, e as cortes, nas que se acollían os gandos. Nas suas portas remataba un dereito e emprencipia ba outro, e dende as murallas, nas que elas se abrían, pelexaban os homes e as mulleres contra os enemigos, e nos castros, ou mesmo o seu pe, tratábanse os negocios públicos nas asambleias políticas, mercábase ou vendíase nas feiras e bailábase nas festas» (pág. 255).

El castro es tan representativo de nuestra tierra que sólo se extiende en la península, en esa forma, en las tierras de Galicia y en las asociadas a ella por lengua, tradiciones y cultura, como son las del norte de Portugal, el Bierzo leonés, las zamoranas de Sanabria y Aliste y las asturianas entre el Eo y el Navia, aunque en esta región avanza también más hacia el oriente.

Su densidad es mayor en las Mariñas y en la montaña media, disminuyendo en las partes superiores de los valles de los grandes ríos, en la alta montaña y en las sierras. Abunda en las penínsulas, en las zonas marítimas, al igual de lo que ocurre en Irlanda y en Inglaterra, en donde los castros-promontorios (promontory-forts) se distinguen del simple castro (hill-fort).

Los castros tienen las formas más variadas: los hay con sólo una muralla y otros pueden tener dos o tres; algunos de ellos tienen partes adosadas en los extremos, llamados antecastros en Galicia.

La Torre de Hércules se levantó en una colina que por su situación y forma tiene la silueta de un castro de promontorio. Esta silueta es la que he llevado conmigo desde mis primeros años, pues

nací en San Roque y me críe en Riazor, en la ensenada del Orzán, y la que dibujé cuando aprendí el arte del dibujo y la pintura en mis años mozos. Y es la que veía más tarde, ya de estudiante de Instituto y universitario, cuando mis padres compraron una casa al final de la calle de la Torre, y por las mañanas solía recorrer, unas veces andando y otras corriendo, acompañado en el verano de amigos, que se bañaban también en la playa de San Amaro, la carretera de circunvalación por la península de la Torre.

Fue en este promontorio donde Breogán levantó su alta torre antes de que sus nietos, argonautas del Atlántico, emprendieran la expedición a Irlanda para conquistar aquellas tierras, y luego en ese mismo promontorio los brigantinos erigieron el santuario en honor de la diosa Brigantia, madre y protectora de la tribu.

Y no es sólo la Torre de Hércules, sino también el promontorio en que se levanta, lo que se ve desde la mayor parte de los castros de las Mariñas coruñesas, tanto de la propia Coruña, como las más lejanas de Pontedeume y El Ferrol, como si fuera la principal atalaya o el altar de todos ellos, que se adentraba en las aguas del Mar Tenebroso, para iluminarlos con su presencia y también con su fuego, no sólo a los navegantes, que por él andaban, sino también a los que en la tierra descansaban de sus faenas y labores diarias, para llevarles el calor de su luz.

Quien recorra las Mariñas, particularmente las de La Coruña, y suba a lo alto de los castros que se reparten profusamente por ellas, se quedará sorprendido al percibir que casi siempre se ve desde esa altura no ya la Torre de Hércules, sino también el promontorio en el que se asienta, como si él, tanto como la Torre, fueran los eternos centinelas y atalayas de las Mariñas. Fue atalaya de los primitivos pueblos que se asentaron en ellas, en los oscuros tiempos de la Prehistoria, y luego Torre de Fuego de los celtas, en tiempos prehistóricos más próximos a nosotros y más iluminados, que se establecieron en ellos los brigantinos, muchos años antes de que los romanos, pensando más en la guerra que en la paz, más en la conquista de Britania que en el comercio de los metales, levantaron en su promontorio el primer faro que, como muy bien señala el galaico-romano Paulo Orosio, en su «Historia», la primera univer-

sal del mundo occidental, al presentar este Faro, erigido en su tierra en el triángulo del noroeste de España, nos dice que miraba a Britania, como si ésta fuera su eterna enamorada.

12.—LA CONQUISTA DE IRLANDA POR LOS CELTAS DE GALICIA Y LA TORRE DE BREOGAN: EL LEABAHAR GABHALA ERINCAN

Irlanda, como su hermana Escocia, fueron las únicas tierras del mundo céltico que escaparon al dominio de Roma, y cuando el Imperio Romano se vino abajo, ante las invasiones germanas que conquistaron todos los pueblos del sur de Europa, desde Bélgica hasta España, incluyendo la parte romanizada de Britania, también lograron sustraerse Escocia e Irlanda al dominio de los nuevos invasores. Y justamente por el tiempo en que los pueblos del sur de Europa gemían bajo el gobierno de los bárbaros, llegaron a Irlanda, a mediados del siglo V, los primeros misioneros cristianos, a cuya cabeza figuraba el británico San Patricio, que llevaron a la isla, con la religión cristiana, la civilización romana que se conservaba en la Iglesia. Y de este modo, Irlanda tuvo un renacimiento espiritual con el cristianismo, cuando el resto de los países celtas que se habían romanizado y cristianizado antes que ella, gemían bajo las opresiones germánicas. Este renacimiento tenía profundas raíces célticas, que allí nunca se habían perdido, en la lengua vernácula o gaélica, lo que les permitió conservar las tradiciones más viejas de la Europa occidental en esa lengua.

Pero una de las primeras labores de los monjes irlandeses fue recoger esas tradiciones en lengua gaélica para encuadrarla dentro de la nueva tradición cristiana de las Sagradas Escrituras. Comenzaron esta actividad en el siglo VI, y durante varios siglos fueron dándole forma poética a estos relatos, que trataban de las emigraciones o conquistas de Irlanda por una serie de pueblos, desde la más remota antigüedad, pero cuya emigración principal era la del pueblo celta, llevada a cabo en la segunda mitad del primer milenio a. de C., y, en esta emigración, Galicia tenía un papel de primera

importancia y dentro de ella, Brigantia, donde Breogán, jefe de los emigrantes o conquistadores celtas de Irlanda, había levantado una gran torre. En el siglo XI, por el tiempo en que comenzó la invasión inglesa de Irlanda, por los reyes ingleses de la dinastía normanda, por Enrique II, estos relatos fueron recogidos en la compilación «Leabhar Gabhala Erincan», como si temieran que se perderían con la ocupación británica.

Las tradiciones del pueblo irlandés —dice el historiador irlandés Edmund Curtis, en «A History of Ireland» (Dublín 1965)— son las más antiguas de cualquier raza de Europa, al norte y oeste de los Alpes, y ellos mismos son los que llevan más tiempo asentados en su propio suelo. Cuando aprendieron a escribir registraron la tradición de que procedían del norte de España. El antiguo «Leabhar Gabbala» (el Libro de las Invasiones) nos cuenta cómo los tres hijos de Mileadh, de España, llamados Heremon, Heber e Ir, llegaron a Irlanda por el tiempo de Alejandro el Grande, y conquistaron la tierra de los Tuatha De Danann. De las razas que estaban en posesión del país antes que ellos, la Tuatha De Danann era la superior, semi-divina en sus artes de magia y hechicería; la firborg era una raza cetrina, corta de estatura y plebeya; los fomorianos eran sombríos gigantes del mar. De los tres hijos de Mileadh descienden todos los clanes reales de la posterior Irlanda. Hasta hoy en día, donde se habla irlandés, se recuerda la historia de Mileadh, y el pertenecer a la vieja raza milesia es una distinción honrosa» (o, c, 1).

Otros historiadores irlandeses, como Prosinias Mac Cana, en «Celtic Mythology» (New York 1970), presentan ciertos reparos a la leyenda, pero sin embargo reconocen que hay un fondo de verdad histórica en ella: «En el esquema de «Leabhar Gabbala», todas las primeras invasiones no son más que el antecedente de la llegada de los hijos de Mil (que es la forma latina del Mileadh céltico), cuyos descendientes son los gaélicos, los cuales desde ese momento fueron dueños de Irlanda. Es evidente el origen erudito del relato de la invasión: los hijos de Mil. Llegaron a Irlanda, de España, porque se creía que Hibernia, el nombre latino de Irlanda se deriva de Iberia, y que el nombre del caudillo de este pueblo, Mil de Espaine, era una

simple forma de la latina Miles Hispanae, presentado con traje irlandés. Pero tras estas fabricaciones transparentes, hay mucho en el relato que es evidentemente histórico» (pág. 64).

Mil, también conocido en la forma irlandesa por Mileadh, y en la latina por Milesio, era nieto de Breogán, el fundador de la alta Torre en Brigantia, de donde partieron los conquistadores de Irlanda. Nos lo dice el historiador irlandés Lughnidh O'Clery, en «The Life of Hugh Roe O'Donnell» (Dublín 1893), al darnos cuenta de la llegada a La Coruña de su biografiado, Hugo Roe O'Donnell, después de fracasado el levantamiento irlandés que Italia acaudilló, pues uno de sus primeros actos en La Coruña fue ir a visitar la Torre de Hércules, de donde habían partido para Irlanda sus antepasados hacía muchos siglos: «Hay una fortaleza en el reino de Galicia —dice O'Clery—, en España. Allí está la Torre de Breogán, llamada Brigantia. Fue edificada, hace muchos siglos, por Breogán, padre de Bratha, y fue este lugar de donde partieron los hijos de Milesio, hijo de Bratha y éste de Breogán para tomar Irlanda a los Tuatha De Danann» (pág. 323).

Los hijos de Mil desembarcaron en el sudoeste de Irlanda, es decir, en el Finisterre de aquel país: «Hacia el año 350 a. de C., llegaron a Irlanda los celtas, procedentes del centro de Europa; una raza alta, de pelo rubio, que hablaba una lengua pariente del latín. Los celtas gaélicos, llegaron directamente por mar, del sur de Francia y probablemente del norte de España, y conquistaron Irlanda; los celtas británicos, sus vecinos, llegaron de Francia y de la desembocadura del Rhin, invadiendo y conquistando Britania. Un gran imperio céltico había cubierto la Europa central, pero ahora, entre los germanos al este y los romanos al sur, se habían quedado reducidos a las Galias y al norte de España. Britania e Irlanda fueron las últimas conquistas de los celtas, e Irlanda es hoy día el único estado nacional celta que ha quedado en el mundo». (Edmund Curtis, o, c, 1).

Y de acuerdo con las leyendas irlandesas, las más antiguas de la Europa occidental, Brigantia, en el Gran Puerto de los Artabros, en el noroeste de Galicia, donde Breogán había levantado una alta torre, había sido el punto de partida de la gran emigración celta que

había conquistado Irlanda y le había dado carácter permanente a aquella isla. Y antes de su partida, fue desde donde los nietos de Breogán habían visto la lejana Irlanda: «Ellos vieron Irlanda —dice la historiadora irlandesa Kathleen Hughe, en «Early Christian Ireland: Introduction to Sources» (New York 1972), desde lo alto de la Torre de Breogán, en España, como Moisés vio la Tierra Prometida, desde el Monte Pisgah. Ith salió en barco a espiar esa tierra y la encontró llena de fruta, miel, trigo y pescado, con mucho calor y frío, aunque él muere, como Moisés, antes de que los hijos de Miles la colonicen» (pág. 283).

13.—LAS TORRES CIRCULARES DE PIEDRA DE LAS ISLAS ORCADAS Y SHETLAND, EN EL NORTE DE ESCOCIA Y LA TORRE DE HERCULES

Las emigraciones, más que invasiones, llegadas por mar de Galicia a las Islas Británicas, que tocaban casi siempre en la actual Bretaña francesa, punta de Finisterre del continente europeo frente a ellas, tomaban el rumbo del occidente de Britania, donde está la punta de Cornwall y entraban por el Canal de San Jorge hacia el Mar de Irlanda, pudiendo desembarcar unos en la propia Britania y otros en Irlanda, mientras que las emigraciones del continente europeo en estas islas, que llegaban a través del Canal de la Mancha, desembarcaban en los puertos o ensenadas del este de Britania y de Escocia.

Hubo, de este modo, a lo largo de la historia de las Islas Británicas, unas emigraciones europeas procedentes de los países actuales de Francia, los Países Bajos y Alemania, que desembarcaron en el este de Britania, mientras las gallegas, que fueron llevadas un tanto por la corriente del Golfo, tocaban siempre en el occidente de Britania, donde están Cornwall y el País de Gales, y en la orilla del Golfo de San Jorge y del Mar de Irlanda, la isla más occidental de las Británicas, Irlanda. Y esta influencia procedente del noroeste de España, subía por el Mar de Irlanda al Canal de Escocia, para tocar en el continente y norte de Escocia y llegar incluso a los archipiélagos de Las Hébridas, Orcadas y Shetland.

Y es justamente en estas islas donde aparecen los monumentos más unidos a la vieja Torre circular de piedra de Breogán o de Hércules, que se levantaba en Flavia Brigantia, que son los llamados brochs, en escocés, y a su lado unas casas de piedra, también circulares, que son una reproducción de las que encontramos en las citanias gallegas, antecedentes de las pallozas, que todavía se construyen hoy en Cervantes y en el Cebreiro, en la provincia de Lugo.

Los historiadores y arqueólogos escoceses, que estudiaron la invasión del pueblo del vaso campaniforme en Escocia, registran dos distintas invasiones en tiempo y en lugar: una, de un pueblo dolicocéfalo, procedente del sur de Europa, constructores de mámoas de gran tamaño, que servían de enterramiento colectivo de la gente del clan, y que invadieron las tierras del occidente y norte de Escocia, entre ellas las de los archipiélagos citados, y otra posterior, de gente braquicéfala, procedente de las tierras del Rhin, que levantaron en el Estado de Escocia, mámoas para enterramientos individuales. La primera invasión debió tener lugar en el Neolítico, entre los años 2000 y 1500 a. de C., y la segunda, hacia el 1800, también antes de la Era Cristiana (William W. Dickenson y George S. Pryde, «A New History of Scotland», vol. I (London 1951)).

Durante algún tiempo, los arqueólogos escoceses creían que fueron las gentes introductoras del vaso campaniforme, en la Edad de Piedra, en el Neolítico, en el oeste y norte de Escocia, los constructores de las torres circulares y de las casas circulares, ambas de piedra, en las Islas Orcadas y Shetland. Pero hoy una nueva escuela de arqueólogos escoceses estiman que estas construcciones de piedra son mucho más modernas y que pertenecen a la Edad de Hierro, es decir, de la época en que se extendía por la mayor parte de Europa occidental la primera cultura céltica de Hallstatt, y que esta cultura llegó a Escocia procedente del sur de Britania, y que ambas construcciones, las torres circulares y las casas circulares, no son más que una evolución de la casa céltica del sur de Britania, la cual a su vez es una reproducción de las que se construían en Galicia (véase J. R. C. Hamilton Forts, «Bruhs

and Wheel-houses in Northern Scotland, in the Iron Age», en «Northern Britain», editado por A. L. F. Rivet (Edingburgh 1966).

Y como ya hemos indicado en más de una ocasión, las emigraciones del noroeste de la Península Ibérica se dirigieron siempre, con preferencia, a la parte sur de Britania, en que están Cornwall y el País de Gales, por entre las cuales, y por el Canal de Bristol, pasaban fácilmente a la llanura del sur de la isla.

Una de las notas características, comunes a todas las Torres circulares de piedra, de las Orcadas y de las Shetland, es la de que se levantaban generalmente en una lengua de tierra, un tanto semejante a la de Britania, en el Golfo de los Artabros, vecina a una comarca de tierra fértil y arable. En el interior de las torres circulares había una escalera y también había varias divisiones o descansos que actuaban a modo de pisos, aunque no había ventanas abiertas en ellas. La escalera llevaba a lo alto de la torre. A su vez las casas circulares de piedra, que son en el exterior totalmente iguales a las que encontramos en la citania gallega de La Guardia (Pontevedra), había una serie de participaciones que hacían que ese interior fuera como los radios de una rueda, de ahí su nombre en inglés, de wheel-house.

Para la nueva escuela de arqueólogos e historiadores escoceses las Torres circulares de piedra, broch, como se llaman en escocés, cuyo modelo es la que se encuentra en Jarlbof y Ckilhimin, en las Islas de Shetland, representan el punto más alto al que llegó la marea de la penetración en el norte de Escocia y en las islas de esos archipiélagos, con la aparición de bien organizadas bandas capaces de construir obras de defensa muy elaboradas: «Esta colonización —dice J. R. C. Hamilton— fue una extensión norteña de los movimientos de amplias dimensiones de las emigraciones célticas en el sudoeste de Britania, de los territorios de las Galias, del otro lado del Canal de la Mancha, en el siglo IV antes de la Era Cristiana» (pág. 116).

A diferencia de los historiadores y arqueólogos irlandeses, muy conscientes de las relaciones marítimas directas entre su país y Galicia, los escoceses, que no las tuvieron y recibieron la influencia del noroeste de España, a través de Irlanda, de Cornwall y el sur de

Inglaterra, no la conocen. A lo más que se limitan es a registrar, como lo hacen Dickenson y Pryde, que la primera invasión de las gentes del vaso campaniforme que se asentaron en el oeste y norte de Escocia, habían viajado a lo largo de la Península Ibérica, tocando en el occidente de Francia, en el sur de Inglaterra y en Cornwall, pero sin decir que procedían de España, sino, probablemente, de otro país mediterráneo más oriental (151).

Probablemente llegaron a Escocia, de Irlanda, los constructores de las torres y casas circulares de piedra, y fueran a fines del Neolítico y principalmente de la Edad de Bronce, los hombres del vaso campaniforme, o más tarde en la Edad de Hierro, como creen otros antropólogos escoceses, los celtas de la cultura de Hallstatt, que son posiblemente a los que se refiere el «Leabahr Cabbala», como la gran invasión gaélica de Irlanda. Pero fueran unos u otros, antes de su partida del noroeste de España, de Galicia, habían levantado en nuestras tierras las casas circulares de piedra que abundaban en nuestras citanias, y habían levantado en la península de la Torre la torre circular de piedra, antes de que partieran de esa península los nietos de Breogán, para establecer en los países del occidente del Atlántico una comunidad céltica presidida por los cuatro Finisterres.

14.—LA CONQUISTA DE LA GALICIA BRACARENSE, POR DECIO JUNIO BRUTO, EL GALAICO

Cualquiera que fuera la importancia del Gran Golfo de los Artabros, en la Edad de los Metales, en la que pasaron por su costa y pararon en algunos de sus puertos los barcos fenicios, y la de Brigantia, en la época céltica, en que anduvieron por ella navegantes griegos y cartagineses, en busca del codiciado estaño, su recuerdo estaba un tanto perdido en el tiempo de la conquista de la Península Ibérica por Roma porque el señuelo de estas riquezas no sirvió de acicate para que estos conquistadores, que habían puesto por primera vez pie en España en el año 218 a. de C., en la costa catalana, para ayudar a las colonias griegas en su mutua guerra

contra Aníbal, que había invadido la península italiana, con tropas cartaginesas y españolas, tardarían en llegar siglo y medio a las tierras del Magnus Portus Artabrorum.

La invasión del sur de Galicia, entre el Duero y el Limia, por los romanos, había sido motivada por la ayuda que le venían prestando los galaicos a los rebeldes lusitanos, y para acabar con ella, el procónsul de la España Ulterior, Decio Junio Bruto, emprendió una campaña, entre 147 y 139 a. de C., que le dio la posesión de las tierras entre el Duero y el Limia. No pasó, al parecer, este último, del río Letthero, hoy Limia, porque un mito, de los que Galicia ha creado para su defensa, le atribuía a sus aguas la propiedad de que borraban de la memoria, de quienes lo cruzaran, el recuerdo de su patria y procedencia. Y en parte, por eso, se quedaron los romanos por largo tiempo en la Galicia del sur, y cuando, tres cuartos de siglo más tarde, avanzó hacia el norte el Ejército romano, acaudilladas las legiones por Julio César, camino de Brigantia, no cruzaron el río temeroso, sino que hicieron el camino por mar, con sus naves.

15.—EN BUSCA DE LAS CASITERIDES: LA EXPEDICIÓN DEL PROCONSUL ROMANO PUBLIO LIGINIO CRASO Y EL GRAN PUERTO DE LOS ARTABROS

La conquista de la Galicia bracarense, entre el Duero y el Miño, puso a los romanos en contacto con la otra Gallaecia, todavía no dominada por ellos, en la que era puerto importante el de Brigantia, que había tenido una cierta actividad en la Edad de los Metales y en la época celta, y que volvía ahora a ser el sueño de las exploraciones o de las campañas de conquista de los procónsules de la España Ulterior, donde estaba Lusitania.

A la expedición de Decio Junio Bruto, que recorrió el sur de la Gallaecia, entre el Duero y el Miño, se debió el conocimiento de la Gallaecia, de sus ríos, el Limia y el Miño, y algunas de sus costas, e incluso la noticia que tendrían los geógrafos e historiadores griegos y romanos, los griegos que se movían en la esfera cultural de Roma, en los últimos siglos de la época anterior a Cristo. Gracias a ella,

Galicia entró en los relatos de unos y otros, y tomó cuerpo como pueblo distinto, que habitaba el noroeste de la península, más allá de la Lusitania. Durante unos tres cuartos de siglo, de 137 al año 60 antes de Cristo, el Miño fue la frontera que separaba la Galicia bracarense, sometida a Roma, de la Galicia céltica, más tarde conocida por Galicia lucense, que no estaba entonces sometida al dominio romano.

Durante este tiempo, los procónsules romanos de la España Ulterior sintieron un vivo deseo de explorar, más por mar que por tierra, la Galicia que permanecía céltica y escapaba a su dominio, y de nuevo vuelve a sonar como un acicate de estos deseos, la riqueza de metales, del oro y del estaño, que había en ella, como si fueran estos metales, sobre todo el estaño, una de sus principales producciones, y el comercio de los metales estañíferos aparece asociada al nombre de los ártabros, como si fueran ellos sus principales poseedores o traficantes. Los ártabros aparecen en estos relatos como si fueran el pueblo por excelencia del norte de Galicia, bien porque poseyeran esos metales o traficaran con ellos, o porque tuvieran el poder político en el extremo de la península. Y en este sentido, el pueblo de los ártabros aparece siempre asociado a las Casitírides, sobre todo desde que el geógrafo griego Estrabón, del siglo I a. de C., colocó las Islas Casitírides frente a la costa de los ártabros.

El comercio de los metales por el Atlántico en la más remota antigüedad, siglos antes de que llegarán los celtas y se asentaran en Galicia, es lo que llevó a afirmar a Murguía que La Coruña fue la principal factoría fenicia del estaño en el segundo milenio anterior a Cristo, cuando la principal metrópoli de Fenicia era Sidón; comercio en que según él fue desplazada por Cádiz ya en el primer milenio de Cristo, que representa la nueva influencia de Tiro en la política de Fenicia.

El estaño, el metal indispensable para producir el bronce mezclado con el cobre, el cual a su vez designa la iniciación de la Edad de los Metales con los que el género humano superó a la Edad de la Piedra pulimentada, se producía al parecer, en cierta abundancia en una serie de tierras atlánticas occidentales de las cuales las

principales eran unas islas llamadas por los geógrafos e historiadores griegos y romanos Casitérides, que incluso el geógrafo griego Ptolemo afirma eran diez, pero su localización no ha sido hasta ahora fácil, pues mientras Estrabón las situaba frente a la costa de los ártabros otros nos dan una distinta situación, lo que ha producido la polémica de si están en Galicia y en ella, si en las Rías Bajas o en las Altas, en Inglaterra o en la Bretaña francesa o en cualquier otro lugar del Atlántico.

Hoy son muchos los historiadores que se inclinan a creer que las Islas Casitérides, un tanto como las Antillas de las viejas leyendas medievales, no designan una tierra o unas islas concretas, sino un mundo legendario, tras el cual hay una realidad de vida antigua, pero sin concreción posible. «O problema da localización (das Casitérides) —dice Florentino López Cuevillas— que voltará a presentarse ao eisaminarmos as aportacións xeográficas doutros autores, coidamos que non ten unha solución posibel. A terra do estano foi concebida como un país insular, creándose, con respecto a il, un mito semellante o das illas do Ouro e da Prata, das illas de San Brandán e das Antillas, e o mito foi neste caso más forte que a realidade mesma. Descubrironse os xacimentos estamniferos de Gallaecia, da Armórica, de Inglaterra, e a pesar delo as Casitérides segueron a vivir flotando e sen atopar lugar onde asentarse dun xeito firme. Convén observar a si e todo que en Posidonio o fantasma das illas do estano nútrese de datos precisos, e recollendo case seguros nos portos dos ártabros e que deben facer referencia a un país que esistía realmente (F. López Cuevillas o. c. vol. III, 219).

Contra la tesis ártabra de las islas Casitérides pronúnciase López Cuevillas de un modo rotundo pues según él «nas costas dos ártabros» non hay más que pobres illas penedentes, incapaces de sostener una población de meiana importancia (López Cuevillas, Vol. III 217. Pedro Cuevillas se olvida que justamente en el corazón del Golfo de los Artabros estaba la isla más importante de Galicia, con la vieja ciudad celta de Brigantia, diosa tutelar de los brigantinos, conocida hoy por La Coruña, que entonces era el Portus Magnus Artabrorum, donde quizás se recogieron entonces los datos sobre las Casitérides, los cuales se los suministraron a

Posidonio y a otros geógrafos griegos, entre ellos Estrabón, historiadores griegos y romanos. Fuera como centro exportador de estaño gallego o de intercambio de metales entre los cuatro Finisterres atlánticos, Brigantia era su centro y con él el Portus Magnus Artabrorum.

La fama de este puerto y del comercio de los metales volvió a sonar de nuevo en la España ulterior, sobre todo desde el momento en que se incorporó a ella la Galicia bracarense. Esta fama es la que le hizo al procónsul romano de ella Publio Licinio Craso, emprender un viaje a Brigantia el año 93 antes de Cristo. El nombre de este procónsul aparece en la *Acta Triumpharum* de ese año, en el que, como complemento de su victoria sobre los lusitanos, emprendió un viaje a las Islas Casitérides «co gallo —dice López Cuevillas— de enterarse das producións mineras do país e de fornecer informacións aos traficantes visitao. O que conta Posidonio dos procedimentos de recolleita dos minerais galegos e sobre todo do xenio sosegado dos habitantes das Casitérides, proceden sen duda do viaxe de Publio Licinio Craso e de idéntico orixe deben de ser os nomes das tribus que serviron a Ascleniedas pra argallar as suas xenealoxías troianas, tamén acollidas polos escritores posteriores» (López Cuevillas, v. Vol. II 217-8).

Desde entonces fuera por la atracción del comercio de los metales bien por ser los ártabros uno de los pueblos más importantes de Galicia, cuyo dominio le daría a Roma el de toda nuestra tierra, el Postus Magnus Artabrorum será el objetivo que tendrán los romanos en su marcha hacia el norte de Galicia y a él será al que se encaminará directamente por mar Julio César, casi treinta años más tarde, para, con la conquista de este puerto asegurar la de toda Galicia.

16.—LA CONQUISTA DE BRIGANTIA POR JULIO CESAR

Desde el año 137 antes de Cristo, en que el procónsul romano de la Hispania Ulterior, que comprendía la Bética y la Lusitania, vio Galicia, llegando con sus legiones a la orilla medidional del Miño,

para volver con ellas rápidamente al punto de su salida en el valle del Tajo, en Morón, cerca de Lisboa, los romanos no anduvieron por aquellas tierras fronterizas, entre la Hispania Ulterior y la Galicia céltica, no sometida a Roma, pues aunque nominalmente después de su excursión por la Galicia bracarense el procónsul Decio Junio Bruto había incorporado el sur de Galicia, es decir, la Galicia bracarense a la lusitania, de hecho el dominio romano, como se demostrará más tarde, en el proconsulado de Julio César en esta parte de España, no era efectivo en la Lusitania más que al sur de la Sierra de la Estrella, se había debilitado en las comarcas de esa sierra, rebeldes siempre al poder de Roma y se iba debilitando cada vez más a medida que se iba subiendo hacia el norte, siendo extremadamente débil entre el Duero y el Miño.

Esta situación de debilidad del poder de Roma al norte de la Sierra de la Estrella continuó durante tres cuartos de siglo hasta la llegada a la Hispania Ulterior, como procónsul, del ambicioso Julio César, que llegaba a España a reponer su fortuna y a alcanzar nuevos triunfos militares para su carrera política y militar en Roma. Era tan precaria su situación económica que sus acreedores impidieron que saliera de Roma para España sin haber pagado sus deudas. Tuvo que intervenir el rico romano Marco Licinio Caso, que le adelantó una crecida cantidad a los acreedores para que César pudiera emprender su marcha hacia España en año él antes de Cristo.

Julio César, que tenía un fuerte sentido militar de su autoridad y de la de Roma al encontrarse con que el dominio romano no era efectivo al norte de la Sierra de la Estrella, se propuso que lo fuera y la primera medida fue ordenar a los rebeldes habitantes de los Montes Herminios (Sierra da Estrela) que dejaran el abrigo de sus montañas y se asentaran con sus familias en el llano; y, como estos se negaran a hacerlo, César los atacó devastando sus tierras y causando gran mortandad en ellos; pero otros lograron escaparse marchando con sus ganados hacia el norte para refugiarse en la Galicia bracarense. Para detener la persecución romana abandonaron sus ganados a fin de que los perseguidores se entretuvieran en su captura. Llegado al Duero, César, para engañar al enemigo, les

hizo creer que se retiraba hacia el sur, pero, una vez desprevenidos los lusitanos y galaicos, vadeó el Duero y los derrotó. (Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, La España romana. vol. III. págs. 224-5).

Como algunos de los alzados lusitanos se refugiaban en una isla de la costa portuguesa, probablemente Peniche, cerca de Cabo Carvoeiro, César los bloqueó por mar con una flota, después de haber sufrido sus tropas una serie de contratiempos más por la subida de la marea que por la defensa de los lusitanos y con la ayuda de los barcos logró rendirlos.

Contando ya con la ayuda de la flota romana, se dispuso César a continuar su marcha hacia el norte por la costa gallega en dirección a Brigantia, el Portus Magnus de los Artabros. Era más un crucero de exploración que de conquista. La vista de la poderosa escuadra romana por los habitantes de Brigantia produjo en ellos una gran impresión; y se sometieron sin lucha al poder de Roma. Es más que probable que en su actitud influyeran la aparición inesperada del enemigo, llegado por mar y no por tierra, sin que hubiera tiempo para concentrar las posibles fuerzas de defensa.

Reconocido el dominio de Roma por Brigantia, que era la ciudad sagrada de los brigantinos, se sometieron a él los otros pueblos de los ártabros y con ellos el resto de la Galicia actual. Pero el dominio fue más nominal que efectivo durante algún tiempo, César, después de hacer reconocer el dominio de Roma a los brigantinos, emprendió el regreso hacia la Bética, como si hubiera cumplido el objeto de su misión. Le ordenó a la escuadra que tomara el rumbo de Cádiz y él emprendió el viaje por tierra con las legiones, también camino de la Bética, donde se quedarían en sus cuarteles de invierno. César pensaba volver de nuevo a Roma para recibir un nuevo cargo que él consideraba más importante para asegurar su influencia política en Roma. En Galicia se había puesto en contacto con el pueblo celta, que ya él conocía por sus campañas contra los celtas del norte de Italia. En Roma sería honrado con el mando de las legiones romanas que iban a llevar en unos pocos años la conquista de las Galias, que eran el centro del mundo céltico continental que comprendía no sólo Francia, sino también Bélgica, Suiza, norte de

Italia y la parte occidental de Austria; y tras la campaña de las Galias se propondría César emprender la de Britania.

Su visita a Galicia, limitada a la aparición con la flota y las legiones romanas en Brigantia, en el Portus Magnus Artabrorum, había sido rapidísima sin que con esta breve estancia en un puerto galaico se pueda decir que aseguró de hecho el poder de Roma, sino que simplemente dando esto por hecho, dejó a los futuros pro-cónsules de la España Ulterior la misión de hacer efectivo el dominio de todas las partes de Galicia. Que este dominio era muy débil lo mostraría el alzamiento de astures, cántabros y galáicos en la época de Augusto, su sucesor en el Gobierno, ya como emperador de Roma. Fue por eso su sucesor Augusto, el que verdaderamente hizo efectivo el poder de Roma en Galicia, y en las otras regiones del norte de España, obstinadamente rebeldes a ser dominadas por Roma. Será con Augusto con quien Galicia se convertiría en una región política y administrativa del imperio romano en Hispania.

El auténtico dominio de Galicia no ocurrió hasta el reinado de Augusto, sobrino y sucesor de César, quien vino personalmente a la Península Ibérica para dirigir la campaña contra los alzados cántabros, astures y galáicos (29 a 25 a. de C.). Augusto lanzó tres grandes ejércitos contra los hispanos alzados contra el poder de Roma: uno contra Cantabria, otro contra el Bierzo leonés vecino de Galicia y otro contra la propia Galicia, contra los galaicos de la actual provincia de Orense. Para esta campaña estableció campamentos militares en las tres ciudades que más tarde serían las capitales de los tres conventos jurídicos de Galicia: Astúrica, Braga y Lugo y utilizó también el Portus Magnus Artabrorum, con Brigantia como base de sus operaciones navales.

Fue Augusto el que le dio realidad política administrativa a Galicia en el imperio romano, integrándola en la España Citerior o Tarragonense y no en la Ulterior, que él dividió en dos provincias: Bética y Lusitania, a la que había estado hasta entonces unida Galicia. Y de este modo Galicia tenía de capital a Tarraco, en la lejana Cataluña, en el Mediterráneo. Esta situación continuaría por varios siglos hasta que en el III de la era cristiana Caracalla creó una nueva provincia Hispania Nova Citerior Autónoma que

comprendía Galicia, Asturias y Cantabria, es decir, casi exactamente el territorio de lo que más tarde sería la provincia romana de Gallaecia.

17.—VESPASIANO Y BRIGANTIA: FLAVIA BRIGANTINA

El papel de la Isla de Faro, donde se asentó la céltica Brigantia, transformada más tarde en la romana Flavia Brigantia, es el de haber servido, desde los más lejanos tiempos de la Prehistoria, de punto de enlace de las comunicaciones de los Finisterres atlánticos, sin descuidar por eso el que tenía en las comunicaciones marítimas interpeninsulares y el que le correspondía en las terrestres de ser la avanzada en la costa gallega de las ricas tierras de las Mariñas, que figuran entre las más fértiles de España.

Cuando Julio César, al frente de su flota y de las legiones romanas, en el año 61 antes de Cristo, tomó posesión de Brigantia para el Imperio romano, desarticuló las comunicaciones intercontinentales de Brigantia, sin que, con esta posesión, recibiera ventaja alguna por muchos años el Gran Puerto de los Artabros, pues sólo nominalmente y no de una manera efectiva por su comercio y vida pertenecía al Imperio romano, quedando Brigantia totalmente marginada en las comunicaciones con otros pueblos de dentro y fuera de la península.

Entró la Isla de Faro en las comunicaciones marítimas interpeninsulares, pero no en las intercontinentales, cortadas sus comunicaciones con los otros tres Finisterres del Norte de Europa, en el reinado del Emperador Augusto, sobrino y sucesor de Julio César, cuando éste vino a España para dirigir la campaña, larga y dura (29 a 25 a. de Cristo) para someter a los alzados astures, cántabros y galaicos; pues entonces la escuadra romana actuó como una de las fuerzas auxiliares de las legiones: la traida de las Galias a la costa

cántabra y la concentrada en los puertos galaicos, sobre todo en Brigantia, contra astures y galáicos.

Pero fuera de estas actividades extraordinarias, en tiempo de guerra, Brigantia quedó marginada tanto fuera como dentro de la península durante casi un siglo. Y buena prueba de ello la encontramos en el hecho de que cuando el emperador Claudio (41-51 d. de Cristo) construyó en Galicia la calzada número XIX, a la que su sucesor Nerón (54-65 d. de Cristo) puso los milenios, que fue la primera que entró en nuestra tierra para comunicar las principales ciudades, pues partía de Braga y pasaba por Tuy, Caldas de Reyes y Lugo y Brigantia quedó lejos de esta calzada, marginada en el extremo noroeste de Galicia.

La nueva vida de Brigantia tuvo que esperar a que se posesionara del mando en Roma la dinastía Flavia, cuyo primer emperador fue Vespasiano (69-79 d. de Cristo) al que sucedieron sus dos hijos Tito (79-81) y Domiciano (81-96). Y en este renacimiento de la importancia militar y comercial de Brigantia volvieron a tener una gran influencia los otros países de los Finisterres atlánticos, sobre todo Britania, cuya conquista fue obra en gran parte de estos emperadores. Sin la conquista de Britania no hubiera recibido esta nueva vida Brigantia.

Era costumbre política administrativa de los romanos, sobre todo a partir del imperio, el respetar el nombre antiguo indígena, y mucho más si este era un Dios, como Lugo o una Diosa, como Brigantia, y añadirle, como rebautizo o confirmación, el nombre del emperador romano o del que le había antecedido en el poder. Así ocurrió con las principales ciudades de Gallaecia, que llegaron a ser con el tiempo las capitales de los tres conventos jurídicos en los que se dividió esta provincia romana, en las cuales se conservó el nombre antiguo céltico, añadiéndole a la cola el de Augusta: Bracara Augusta, Astúrica Augusta, Lucus Augusta. Otras veces el Emperador le daba el nombre a la nueva ciudad de su antecesor, poniendo a la cola el nombre céltico como hizo Augusto en Cantabria, después del fin de su campaña para someter a los alzados cántabros, donde fundó Juliobriga, que lleva el nombre de su tío y antecesor Julio César.

18.—BRIGANTIA Y LA CONQUISTA DE BRITANIA POR LOS ROMANOS

La céltica Brigantia, acompañada ahora del nombre imperial romano Flavia, común a otros pueblos marítimos de Galicia, entre ellos a Iria Flavia, volvió a tener una nueva vida dentro del Imperio romano a consecuencia de las campañas que emprendieron los emperadores romanos desde Claudio a Domiciano, en la mayor parte del siglo I de la era cristiana, para incorporar al Imperio los otros Finisterres, sobre todo los de las Islas Británicas. No es una simple coincidencia que una de las regiones centrales de Britania, comprendida entre el Mar del Norte y el Mar de Irlanda lleve el nombre de Brigantia por estar habitada por briganteses o brigantinos, adoradores de esta diosa celta, como eran los que vivían en las comarcas centrales del Gran Golfo de los Artabros en Galicia. Sin duda ambos pueblos eran de la misma raza y tenían la misma procedencia, emigrados de los lagos suizos y austriacos a principios del primer milenio anterior a Cristo. Unos en dirección norte, hacia Britania y otros hacia el sur, cara a Galicia, en el período de la Edad de Hierro, que se conoce en la Prehistoria por el de Hallstatt, con el que se inició el empleo del hierro en el Occidente de Europa.

En la conquista de Britania participaron de una manera muy activa legiones romanas formadas por Hispanos: la IX, que estaba destinada en Panonia, probablemente en Viena, en el Danubio y la IV o Macedónica, que guardaba el Rhin. Y con estas legiones numerosas tropas auxiliares reclutadas en el norte de España o en otras comarcas hispanas, pues los jefes militares romanos creyeron conveniente que las tropas romanas que luchaban en Britania procedieran de tierras muy semejantes a ellas, como eran la del norte de España.

En la primera campaña, que le dio a los romanos el dominio de la parte sur de Britania, entre el Támesis y el Canal de la Mancha, llevada a cabo en el reinado del Emperador Claudio (41-54 d. de Cristo) una de las cuatro legiones, la más importante era la Legio IX Hispana, mandada por Aulus Platius, que estaba acantonada en la Panonia, en la región de Viena, guardando el Danubio; y otra

la IV Macedonia, que había luchado en España en la guerra de los cántabros, astures y galáticos y a la que en España se le habían incorporado numerosos indígenas. Uno de los jefes militares de esta legión era Tito Flavio Vespasiano, el futuro emperador de Roma.

Estas legiones, sobre todo la IX, formadas en gran parte por hispanos, tanto en la infantería como en la caballería, no partieran de los puertos de la Península Ibérica, sino de las Galias, por estar destinadas fuera de España, guardando la frontera del Imperio romano; en el Rhin, en Occidente, y del Danubio, en Oriente. Partiendo de Boulogne sur, en el Canal de la Mancha, en el Estrecho de Dover, de donde también habían zarpado las dos expediciones de Julio César (55 y 54 a. de Cristo) y de donde partía ahora la del emperador Claudio, casi un siglo más tarde (41 d. de Cristo) partieron de noche con destino a tres puntos distintos de desembarque, para desorientar al enemigo; y para sus operaciones nocturnas, mandó construir el emperador Claudio un alto faro, el primero romano del Atlántico.

Fue en el reinado de Vespasiano (69-79 d. de Cristo) en el que comenzaron a utilizarse los puertos de la Península Ibérica para el envío de expediciones militares a Britania. Vespasiano, creyendo ya que Hispania estaba madura políticamente para ser incorporada como una parte del imperio romano, le concedió el derecho del Lacio a muchas ciudades españolas y estimando que estaba pacificada la Península sacó de ella las legiones romanas, enviándolas a otros lugares fronterizos de mayor peligro, dejando a la Península con tropas auxiliares, organizadas en cohortes formadas por hispanos en su mayoría, que estaban estacionadas en las villas marítimas donde tenían más movilidad pues podían ser enviadas rápidamente por mar a otras partes de Hispania o a otras tierras del imperio romano donde se necesitaran.

El emperador Vespasiano, al que sucedieron en el mando del Imperio sucesivamente sus hijos, Tito y Domiciano, que con él forman la dinastía Flavia (69-96 d. de Cristo) emprendieron una activa campaña para adueñarse de las regiones de Britania al norte del Támesis. El emperador Vespasiano, que ya había sido comandante de una legión en Britania en tiempo de Claudio, conoció

del terreno y del carácter militar de los habitantes logró apoderarse de la región al norte del Támesis, entre las montañas del País de Gales y el Mar del Norte, dando al nuevo territorio su nombre imperial de Flavia Cesarensis. Luego emprendió la conquista de la región más al norte, que era conocida por Brigantia. Uno de los mejores generales, el escritor Julio Agrícola, se internó en la Caledonia (Escocia) donde derrotó a los celtas en la batalla del Monte Graius (83 d. de Cristo) y tuvo el propósito de invadir Irlanda pero se lo impidió su destitución por el envidioso emperador Domiciano, celoso de sus glorias.

Uno de los sistemas organizados por los romanos para asegurar el dominio de estas regiones centrales de Britania fue el de establecer una serie de ciudades o campamentos fortificados, integrados en gran parte por tropas auxiliares hispanas. Uno de los mejores generales de Vespasiano, Quintus Petillius Cerealis, fundó (71 d. de Cristo) el primero y más importante campamento militar del recién conquistado territorio de los brigantes, en el corazón de Britania, al que dio el nombre de Eboracum, nombre, que, corrompido más tarde por los invasores germánicos, se conoce con el nombre de York. Eboracum fue desde entonces el cuartel general de la Legión IX Hispania, integrada por caballería lusitana, honderos baleares e infantería de los pueblos del norte de España (George Patrick. Wesleyene University, 1963, 118-124; Heichelheim & Yeo, History of the Roman, Prentice Hall, 1962, 338) Eboracum era el principal campamento y ciudad fortificada del centro de Inglaterra cuya función era la de conocer los ataques de las tribus célticas del norte de Britania, sobre todo de Caledonia, de las tierras que pertenecen hoy a Escocia, que nunca fueron sometidas al dominio de Roma.

El nuevo gobernador de Britania, que sucedió en la época de Vespasiano a Cerealis, Ferto Julio Fontino, fundó la segunda, con el nombre de Deva (Chester), nombre de un río de Cantabria y de otro del País Vasco, situada cerca del Mar de Irlanda, en el río Deva, hoy conocida por Dec, que guardaba los dominios romanos contra posibles ataques de las tribus que poblaban la actual región de Gales (Heichelheim Yco o. c. 338). Uno de los jefes de la legión

que se estableció en Deva era Tito Flavio Vespasiano, el futuro emperador de Roma.

Estas legiones, aunque compuestas en gran parte por soldados hispanos, sobre todo la IX, no procedían en ese momento de España, sino que guardaban las fronteras del imperio en el Rhin y el Danubio, en la época de Claudio, cuando llegaron a Britania se embarcaron cerca de la actual Boulogne sur Mer, en el Canal de la Mancha, de donde también habían partido las primeras expediciones romanas llegadas a Britania, las de Julio César (55 y 54 a. de Cristo); y llegó luego la del emperador Claudio casi un siglo más tarde (41 d. de Cristo).

Las tropas auxiliares y parte de los legionarios de las legiones Hispanas no salieron del puerto galo de Boulogne sino del celta hispano de Brigantia, conocida por Flavia Brigantia, desde la época de Vespasiano. De nuevo la antigua Brigantia que había tenido un gran papel como Portus Magnus Artabrorum en el tiempo de la comunidad céltica atlántica cuyas cuatro puntas eran los cuatro Finisterres, la volvía a tener ahora cuando esos Finisterres trataban de integrarse en el imperio romano como parte de una comunidad europea mucho más amplia; y la vieja Brigantia, con su nuevo nombre de Flavia Brigantia desempeñó un papel importante en esta integración y en la nueva intercomunicación entre los Finisterres.

19.—FLAVIA BRIGANTIA Y FARUM BRIGANTIUM

Flavia Brigantia, rebautizada por los emperadores de la dinastía Flavia, presididos por Vespasiano, a quien sucedieron en el gobierno de Roma sus hijos Tito y Domiciano, que gobernaron el imperio romano en la mayor parte de la segunda mitad del primer siglo de la era cristiana (69-96) fue el principal puerto militar del Imperio romano a partir de las campañas de estos emperadores en Britania,

donde conquistaron la región al norte del Támesis, a la que dieron su nombre imperial de Flavia Caesarensis, comprendida entre el País de Gales y el Mar del Norte; y luego la otra región al norte de ella, Brigantia, donde fundaron la ciudad militar de Eboracum, con gentes de la IX Legión Hispana, que sería más tarde la futura capital de la Britania romana, con ese nombre celtíbero, remedio del de Evora de la Lusitania. Estas dos regiones centrales de la actual Inglaterra que formaban entonces el norte de la Britania romana, tenían de común también sus nombres con Flavia Brigantia, pues una de ellas conservaba el nombre céltico de Brigantia, mientras la otra tenía el de Flavia que figuraba también con el nuevo romano del Gran Puerto de los Artabros.

Ese puerto militar del imperio romano, que era Flavia Brigantia, no servía sólo las necesidades militares de la Península, sobre todo el Norte de ella, sino también las de los países situados en los otros Finisterres atlánticos, que se comunicaban con el resto de Galicia y de España por la gran calzada romana de «*Per loca marítima*», la más antigua de las calzadas, que al salir de la propia Roma recibía el nombre de Augusta o Herculea, y que era como la columna vertebral del imperio. Esta calzada terminaba en el Norte de España, en el mar, en la mansión Flavia Brigantia, que era la última del nuevo tramo marítimo de la «*Per loca marítima*», pues al salir de Brigantia tomaba el rumbo sur para internarse ya en las tierras de la montaña gallega en busca de Lugo. En esta mansión estaba estacionada una de las cohortes, que habían instalado los emperadores en las villas marítimas del imperio, formadas generalmente por tropas auxiliares, que solían ser naturales de Hispania y no legionarios romanos, dispuestos a salir al primer aviso a cualquier lugar de peligro, pues, ya conquistada y pacificada Hispania, la función de estas cohortes era más bien de policía.

Como puerto militar era lugar de embarque y desembarque de las fuerzas de las legiones romanas y de las cohortes de auxiliares que iban a servir a cualquiera de los países de los Finisterres atlánticos o a otras partes de la Península; y como tal puerto militar era una pieza importante en el tablero del imperio romano; el

puerto militar más importante de Galicia y la principal ciudad marítima de nuestra tierra, pues las otras ciudades les siguieron en importancia, por haber sido asiento de los grandes campamentos romanos en las campañas de Augusto contra los Cántabros, Braga, Astúrica y Lugo, más tarde convertidas en capitales de los tres conventos jurídicos de Gallaeia estaban en el interior.

Y fue justamente para atender estas necesidades militares de las comunicaciones marítimas por lo que se levantó en el extremo de la isla en que estaba situada Brigantia, una alta torre o faro, que sería el símbolo de la nueva ciudad romana y de su carácter marítimo militar.

Algunos historiadores gallegos, entre ellos Murguía, teniendo a la vista la función que tienen los faros en nuestros días, construidos más para fines mercantiles que militares, atribuyen su construcción a los fenicios, pensando que éste era el pueblo navegante y mercantil por excelencia y que como tal necesitaba de faros para su navegación.

Pero esto no pasa de una simple conjetura, más inverosímil que verosímil, pues como acertadamente sostuvo Cornide el Faro coruñés es una construcción romana y en Roma tuvo en sus comienzos un propósito más militar que mercantil. Que así era lo encontramos en un testimonio cierto de la construcción por el emperador Cayo (Calígula) de un Faro en Boulogne sur Mer, en el año 40 d. de Cristo, para orientar las fuerzas que iban a emprender la invasión de Britania por la noche desde aquel lugar. Pero esta invasión no llegó a efectuarse por causas ignoradas. Por eso no se sabe si fue Calígula o el emperador Claudio, que fue quien la emprendió de una manera efectiva el que concentró en aquel puerto para esta invasión las legiones procedentes del Rhin: la II Augusta de Estrasburgo, la XIX Gémina de Maguncia y la XX Valeria Victrix de Colonia que fueron entonces sustituidas por otras tres legiones entre ellas la IV procedente de España (Collingwood and Myres. Roman Britain an English Settlements, 77). Este fue el primer faro levantado por los romanos con fines militares en Europa.

Fue el emperador Claudio el que trajo a Boulogne la Legio IX Hispana y el que envió al Rhin la IV Macedonia, también destinada en España, donde había participado en las guerras cantábricas. La Legio IX Hispania estaba acantonada en el Danubio cuando salió para Boulogne mandada por Aulus Plautius.

El mismo carácter militar que tenía el faro levantado en Boulogne tendría el que más tarde se construiría en Brigantia por los emperadores Flavios; aunque claro está, una vez funcionando el faro, servía también a propósitos comerciales los cuales fueron cada vez más importantes a medida que se fue pacificando el Imperio romano y no hubo necesidad de enviar legiones para conquistar nuevas tierras.

El Faro llegó a dar un nuevo nombre a Flavia Brigantia, que a veces se conoce con el de Farum Brigantium; y este será el nombre que sobrevivirá incluso después de la caída del imperio romano en que la isla en que estaba levantado, se conoció por el nombre de Faro y luego el pueblo que había en ella y poco a poco todas las tierras de las Mariñas, se llamaron tierras de Faro. E incluso la Iglesia lo tuvo en cuenta para organizar en la Edad Media, la administración eclesiástica de Galicia, creando un arciprestazgo de Faro y los templarios cuando crearon sus encomiendas en Galicia, dieron a la primera el nombre de Faro. Y este sería el nombre que observaría La Coruña, al ser fundada en 1210 por Alfonso IX de Galicia y León, que no sólo absorbió el Viejo Burgo de Faro sino el nombre mismo que recordaba la vieja historia militar de la ciudad.

Es probable que Vespasiano levantara su faro en un lugar, el de la Península de La Coruña, en el que se levantaba una antigua torre precéltica, como los brochs del archipiélago de las Shetland, que servía de atalaya y de fuerte para las tierras de las Mariñas y en el que los celtas, utilizando ese broch, encendían el fuego para honrar a su diosa Brigantia, convertida más tarde por Breogán en torre, si hemos de creer en las leyendas irlandesas, antes de que sus nietos partieran de esa Península y comarca para asentarse en Irlanda.

20.—FLAVIA BRIGANTIA: PUERTO MILITAR DEL IMPERIO ROMANO Y LA CALZADA MILITAR «PER LOCA MARITIMA»

Ningún otro pueblo de la antigüedad tuvo un sentido más fuerte y claro que el romano de la organización jurídica-administrativa del Estado, y en el de la organización militar que era la que les daba los triunfos en su lucha contra los otros pueblos de Europa, África y Asia, unos superiores a Roma en cultura, como Grecia y otros bárbaros, como los celtas y germanos de la Europa occidental.

Este fuerte sentido militar de la organización del Estado es la principal razón de que las calzadas romanas, que comunicaban a Roma con todas las partes y rincones del imperio, sirvieran, en primer lugar, a las necesidades militares del Imperio, para que pudieran circular por ellas con la mayor rapidez posible las legiones con su caballería, infantería y carros de combate y también servían para atender esta misma necesidad las varias mansiones que había al final de cada una de las jornadas de las calzadas, pues se podían detener en ella para descansar las unidades militares que circulaban por esas calzadas o se estacionaban en ellas, como fuerzas de policía que podían acudir rápidamente al lugar que se las necesitara.

La primera calzada militar que se construyó en Galicia, la número 17, en la época de Augusto, sirvió para comunicar a dos de los principales campamentos galaicos, los de Braga y Astúrica, organizados por él, para hacer frente al alzamiento astur, cántabro y galálico contra Roma. Y todas las otras calzadas militares posteriores, la 18, 19 y 20, servían propósitos militares en Galicia, comunicando sus principales ciudades. Como ya indicamos, la más antigua la XVIII, había sido mandada construir por el propio Augusto que acudió a España para dirigir personalmente la campaña contra los alzados hispanos del norte, alzada que no entraba en el territorio de la actual Galicia, procedía de César Augusta (Zaragoza), y pasaba por Artúrica (Astorga), camino de Braga. La segunda cronológicamente es la XIX construida probablemente en tiempo del emperador Claudio, a la que el emperador

Nerón le puso los milarios. Esta calzada comunicaba las tres ciudades importantes de Gallaecia, que serían las futuras capitales de los tres conventos jurídicos en que sería dividida: Braga, Astúrica y Lugo, y pasaba además por Tuy y Caldas de Reyes. La calzada número XVIII, llamada Vía Nova, fue mandada construir por el emperador Tito, comunicaba Braga con Astorga, por los pueblos de Orense y el Bierzo leonés. Y la última que era la número XX, conocida por «Per loca marítima», era la más vieja de Roma, donde se conocía por Augusta o Herculea, venía por toda la costa mediterránea de las Galias y España y subía por la Lusitania hasta Braga y de ahí continuaba, como si fuera una parte de la calzada XIX hasta Caldas de Reyes. Fue justamente en Caldas de Reyes de donde partió el nuevo trazo de la Per loca marítima, que cruzaba el Ulla por Pontecesures, se internaba en la actual provincia de La Coruña, donde una de sus mansiones era Brandimiro (Brandomil) en el Xallas para terminar en Brigantia que era en realidad su último destino. Una vez llegada a Brigantia, que era la última mansión, tomaba de nuevo rumbo hacia el sur, camino de Lugo, donde se reunía y empalmaba de nuevo con la calzada número XIX.

Fue esta calzada, la Per loca marítima, la que le permitió a Flavia Brigantia comunicarse con el resto de Galicia y de España, y poder recibir por ella a las tropas que se iban a embarcar para Britania o cualquier otro puerto de Europa. Desde entonces fue Flavia Brigantia el principal puerto militar del norte de España, y no sólo puerto de embarque, sino también lugar de acantonamiento de las cohortes celtíberas, formada por tropas auxiliares hispanas, las cuales, desde el reinado de Vespasiano, eran las que prestaban las funciones de policía en la Hispania romana, en lugar de las legiones regulares que habían tenido esta misión en épocas anteriores. Son las cohortes las que saldrán de Flavia Brigantia para Inglaterra, para fundar allí Deva, hoy Chester, en la región llamada entonces Flavia Caesarensis, y Eboracum, en la tierra Brigantia, hoy conocida por York.

Y de este modo nació Flavia Brigantia como puerto militar, centro de embarque de tropas destinadas a otras regiones de

España o a otros países, y como lugar de acantonamiento de esas cohortes en tiempos de paz.

Flavia Brigantia era una de las principales mansiones de la «*Per loca marítima*. Las mansiones, que eran como el final de cada jornada en que se dividía la marcha por las calzadas, servían para el descanso de los viajeros militares y también para acantonamiento de sus tropas. Y algunas de estas mansiones, como ocurría con la de Flavia Brigantia, eran acantonamientos permanentes de alguna cohorte siempre dispuesta a acudir, en función de policía, al lugar en que se alterara la paz del Imperio.

Tenemos noticia de la partida de estos contingentes militares de los puertos del noroeste de España, de los cuales el principal era Flavia Brigantia, en tiempos del emperador Adriano, ya en el siglo II de la Era Cristiana. Adriano, uno de los emperadores españoles de Roma, envió refuerzos a las guarniciones de Britania, sacándolos del Rhin y del noroeste de España: «Si la Legión IX fue destruida por este tiempo (Igacia 120 d. de C.) —dice George Patrick Welch— se comprueba el interés del nuevo emperador (Adriano) por Britania, por las medidas que adoptó para reforzar sus guarniciones, tan pronto como se lo permitieran las condiciones de seguridad del Imperio y las suyas personales. Hacia 120-1, Adriano le ordenó a la Legión VI, *Vistrix Pia*, de la guarnición del Bajo Rhin, que pasara a Britania, y un fuerte destacamento de la Legión XXII, *Primigenia*, que se trasladara de la Alemania Superior, también a Britania. Más tarde fue enviado de España un contingente importante de la Legión VII, *Gemina* (George Patrick Welch, o. c. 169)», cuyo cuartel general estaba en León, y cuyo puerto era Flavia Brigantia, que se comunicaba con León por la calzada romana que pasaba por Astorga y Lugo.

El autor del trozo de la calzada *Per loca marítima*, que partía de Caldas de Reyes para Flavia Brigantia, y de aquí se dirigía a Lugo, para empalmar allí con otra vieja calzada, fue Vespasiano, pues fue él el que, en la reorganización militar de España, le concedió especial importancia a la zona marítima como lugar de las fuerzas romanas que podían movilizarse con más facilidad por mar que por tierra. Vespasiano, que sacó de Hispania a todas las legiones,

dejando sólo en ella la VII Gemina, acantonada en León, creó una serie de cohortes de tropas auxiliares formadas por soldados indígenas acantonados en los puertos y mandados preferentemente por prefectos.

El historiador inglés Knox Mac Elderry, en su excelente estudio «*Vespasianus reconstruction of Spain*» («*Jurnal of Roman Studies*», vol. VIII, 53-102, 1919), destaca el vivo interés que tuvo Vespasiano por Gallaecia y Astúrica, interés que hace pensar a algunos romanistas alemanes e ingleses que ya pensaba en hacer de estas dos regiones una provincia romana independiente de la Tarraconense, a la que pertenecían. Este interés lo revela el hecho de que dio el nombre de Flavia y con él el derecho del Latium a más villas en estas dos regiones que en cualquier otra de la España romana: Aquae Flavia (Chaves), en Portugal; Bergidun Flavia (Villafranca del Bierzo) e Interamnium Flavia (Bembibre), las dos en el Bierzo leonés; Flavia Navia, en Asturias occidental, cerca de Galicia, y tres en la actual provincia de La Coruña, Flavia Brigantia (La Coruña), Iria Flavia (Padrón) y Flavia Lambresis (Betanzos), las tres últimas situadas en la Per loca marítima. Según Mac Elderry, estas tres últimas, así como las otras, fueron creadas en la época de Vespasiano en la que recibieron el Derecho del Lacio.

Pero si esto no bastara, tenemos en favor de nuestra tesis el hecho de que Vespasiano dedicó en España la mayor atención a reparar y reconstruir, y a veces a construir, la existente Per loca marítima, pues mandó construir y reconstruir más de 200 puentes. Fue él el que bautizó a Flavia Brigantia, estableció en ella una mansión y con ella acantonó una cohorte, y para fines militares, mandó levantar el faro de la Isla de Faro.

Nadie como Elderry ha estudiado el papel que desempeñó Flavia Brigantia en el Imperio romano con Vespasiano: «La atención de Vespasiano por el noroeste de la Península Ibérica tenía un carácter práctico. De eso proceden sus actividades de constructor de calzadas, y de los puertos que allí mandó construir para el tráfico marítimo. Uno de esos grandes puertos, como señala Ptolomeo, era Brigantia, en o cerca de donde está hoy la ciudad de

La Coruña, que era ya un lugar importante en ese tráfico cuando Julio César creyó necesario intimidar a sus habitantes con la presencia de su flota. Vespasiano, como ya hemos visto, le concedió a esta ciudad el derecho del Lacio, con la finalidad de hacer de él el gran puerto del noroeste. Para este propósito no tuvo sólo en cuenta su movimiento marítimo, sino también su fácil comunicación con el interior del país, por lo que allí estableció ese puerto al final de la gran calzada imperial que iba directamente a *Lucus Augusti* y de allí a Astúrica, cerca de donde estaba el cuartel general de la Legión VII, *Gemina* (León). (R. Knox Elderry, o. c, 98).

No se ha encontrado —añade Elderry— hasta ahora, miliario alguno de la calzada que iba de *Brigantia* a *Lucus Augusti*, a la que hoy en día sigue muy de cerca la línea del ferrocarril. Había también una comunicación directa entre *Brigantia* y *Bracara Augusti*. La importancia del comercio de *Brigantia* lo revela la famosa Torre de Hércules, en aquel lugar, que es sin duda de origen romano. Como escribe Orosio, él mismo español: «*Brigantia* *Gallaecia* *civitas altissimum pharum et inter memorandi operis ad speculum Britanniae erigit*». Hay una inscripción en una roca, próxima a la Torre de un arquitecto lusitano, que puede ser fechada, por sus letras, del principio del siglo II d. de C., que debe ser del mismo autor de la Torre. Quizá sirva para fundar la pretensión de este puerto como rival del de *Hispalis*, en el sur de España, en el que se levantó la *Turris Caespioris*, hacía mucho tiempo, para facilitar la navegación de la Bética. En el año 400, la ciudad de *Brigantia* estaba guarnicionada por una cohorte celtíbera» (Knox Elderry, o. c. 99).

Y de este modo nació *Flavia Brigantia* como puerto militar, centro de embarque de tropas destinadas a otras regiones de España o a otros países, y como lugar de acantonamiento de esas cohortes en tiempos de paz.

Flavia Brigantia era una de las principales mansiones de la *Per loca marítima*. Las mansiones, que eran como el final de cada jornada en que se dividía la marcha por las calzadas, servían para el descanso de los viajeros militares y también para acantonamiento de sus tropas. Y algunas de estas mansiones como ocurría con la de

Flavia Brigantia, eran acantonamientos permanentes de alguna cohorte, siempre dispuesta a acudir, en función de policía, al lugar en que se alterara la paz del Imperio.

Tenemos noticias del movimiento de tropas gallegas por los puertos de Gallaecia, de los cuales el principal en el norte era Flavia Brigantia, en dos momentos distintos de la historia del Imperio romano: el primero es del siglo I de la Era Cristiana, en que aparece en Britania una cohorte de soldados gallegos (cohorte gallaecorum), probablemente del tiempo de Vespasiano. Menciona su presencia en Britania, Mac Elderry, al referirse a otra también formada por soldados gallegos estacionados en la propia Gallaecia. Son las cohortes de soldados auxiliares que había mandado formar Vespasiano en los lugares marítimos, al ordenar salir de España todas las legiones, con excepción de la VII.

La otra es ya del siglo II de la Era Cristiana, siendo emperador Adriano, español de origen, que envió refuerzos a las guarniciones de Britania, sacándolos del Rhin y del norte de España: «Si la Legión IX fue destruida por ese tiempo (hacia 120 d. de C.) —dice Patrick Welch— se comprueba el interés del nuevo emperador (Adriano) por Britania, por las medidas que adoptó para reforzar sus guarniciones, tan pronto como se lo permitieron las condiciones de seguridad del Imperio y las suyas personales. Hacia 120-1, Adriano le ordenó a la Legión VI, *Victrix Pia*, de la guarnición del Bajo Rhin, que pasara a Britania, y un fuerte destacamento de la Legión XXII, *Primigenia*, que se trasladase de la Alemania superior también a Britania. Más tarde fue enviado de España un contingente importante de la Legión VII, *Gemina*» (George Patrick Welch, o. c, 169), cuyo cuartel general estaba en León y cuyo puerto era Flavia Brigantium, que se comunicaba con León por la calzada romana que pasaba por Astorga y Lugo.

Es curioso que el historiador inglés Mac Elderry, que prestó tanta atención a la labor del emperador Vespasiano, en Gallaecia, no percibiera la estrecha relación que hay entre esa labor y la conquista de la parte central de Britania, entre el Támesis y la frontera con la salvaje Caledonia, por Vespasiano y sus hijos Tito y Domiciano. Y que no era una simple coincidencia esta doble labor,

pues Vespasiano pudo completar la conquista de Britania hasta la tierra de Caledonia, en gran parte gracias a las legiones hispanas que llevó de otras partes de Europa y también de los refuerzos que salieron de la propia Galicia y de sus puertos, entre ellos el de Flavia Brigantia, para las guarniciones imperiales de Britania. Hay una estrecha relación entre su labor hispánica y la británica, y la reorganización de Gallaecia se debía, en buena parte, a la necesidad de enviar a Britania soldados gallegos para colaborar en la conquista de aquella isla.

La conquista de Brigantia por Julio César rompió la comunicación del Finisterre galaico con los otros atlánticos. El propio Julio César, nombrado tres años más tarde (58 a. de C.) comandante en jefe de las legiones romanas que iban a conquistar las Galias, se apoderó del Finisterre armórico o bretón, el año 57 a. de C., pero, en cambio, fracasó en sus dos tentativas de adueñarse del Finisterre británico (55 y 54 a. de C.), volviendo a las Galias, sin poder imponer el dominio romano en el sur de Britania. Brigantia, incorporada nominalmente al Imperio romano, no lo fue de una manera efectiva por largo tiempo, y quedó como en un crepúsculo entre dos civilizaciones: la antigua céltica, que era la real y efectiva de Brigantia, y la romana, que no acababa de asentarse en su tierra.

Ni tampoco en el reinado de Augusto, salvo el papel que pudo haber tenido en la guerra contra los alzados astures, cántabros y galaicos, ni en el de su sucesor Tiberio, a quien Augusto le dio rigurosas instrucciones para que no tratara de ensanchar los límites del Imperio romano, ni en el de Calígula, que no hizo nada por extenderlo, ni en el de Claudio, a pesar de que éste dominó la parte de Britania al sur del Támesis para incorporarla al Imperio romano.

La reanudación de las comunicaciones de Brigantia con los otros Finisterres atlánticos fue obra de los emperadores de la dinastía Flavia, que llevaron a cabo la conquista de Britania al norte del Támesis, a la que dieron el nombre de Flavia Caesarensis, y más aún la que había al norte de ella, que era la de Brigantia, habitada por los bernates o brigantinos, que pasaron a ser romanos, con los flavios. Son ellos, los que para darle un nuevo nombre a la antigua

ciudad céltica de Brigantia, le dieron el suyo y la llamaron Flavia Brigantia. Los que construyeron para que Brigantia tuviera una comunicación directa con el resto de Galicia y de España, la continuación de la calzada Per loca marítima, que moría en Caldas de Reyes, y que desde entonces llegó a Brigantia, para hacer de ella el principal puerto del norte de España; fueron los que establecieron en Brigantia la mansión final, en la costa, de esa calzada, instalando en ella una cohorte de auxiliares de las legiones romanas, formada por gente indígena, que podía acudir a ayudar a las legiones dentro y fuera de la península, y también los que levantaron, para fines militares o comerciales, el famoso faro, la Torre de Hércules, que desde entonces sería el símbolo de la nueva ciudad celta romana.

21.—LA AGONIA DEL IMPERIO ROMANO: LA COHORTE CELTIBERA DE BRIGANTIA MARCHA A CANTABRIA PARA DEFENDER HISPANIA CONTRA LAS INVASIONES GERMANICAS

Mientras existió el Imperio romano de occidente, el puerto militar de Flavia Brigantia, en el noroeste de la Península Ibérica, servía para comunicarla con los otros Finisterres atlánticos, el de la actual Bretaña francesa y los de las Islas Británicas. En ese Imperio, Flavia Brigantia era la pieza más importante en su organización militar y en el sistema de sus comunicaciones tanto terrestres como marítimas de España con el resto de Europa: «la calzada romana número XX, la Per loca marítima, terminaba en ella, para allí girar hacia el sur en dirección a Lugo. En su mansión había siempre acantonada una cohorte de tropas auxiliares preparadas para salir al primer aviso a donde hiciera falta su presencia, y su Faro, que terminaría en dar nombre a la ciudad, seguía iluminando cada vez más el tráfico mercante que el militar con la paz del Imperio».

Después de la expansión del Imperio romano en la Europa occidental, bajo los emperadores de la dinastía Flavia, las nuevas

conquistas emprendidas por el emperador Trajano (98-117 d. de C.), español de nacimiento, fueron en el oriente de Europa, donde cruzaron el Danubio en la Dacia, para fundar las comarcas romanizadas de la orilla izquierda que forman hoy parte de Rumanía. Pero el nuevo emperador Adriano (117-138 d. de C.), también español de nacimiento, contuvo la expansión de Roma y estableció las fronteras permanentes del Imperio, en los dos grandes ríos de Europa: el Rhin, en el occidente, que servía de frontera con los germanos, y el Danubio, en el oriente, que era frontera también con los germanos en su parte alta, y con los dacios en la baja. Y en Britania mandó construir, Adriano, una gran muralla, en la parte en que se estrecha Britania, en la frontera entre Brigantia y la Caledonia, hoy, Escocia, que siguió siendo, como su vecina Irlanda, celta, mientras existió el Imperio romano. Y durante casi tres siglos, éstas fueron las fronteras del Imperio romano en el occidente y oriente de Europa. Las tropas que durante ese tiempo salían de Brigantia para las otras partes del Imperio, en los países de los Finisterres atlánticos, eran de reemplazo.

Pero esta organización se vino abajo, como un castillo de naipes, y su desmoronamiento comenzó a fines del siglo IV, en el año 383, cuando los visigodos, que eran aliados de Roma, y que vivían al oriente del Danubio, en la parte más baja del curso de este río, desoyendo las advertencias de Roma, decidieron cruzar el río para asentarse en las tierras de la otra orilla, y marcharon, incluso, hacia Roma. Aprovechándose de que gran parte de las legiones romanas que guardaban el Rhin se trasladaron al frente oriental, amenazado por la marcha de los visigodos hacia Roma, cruzaron este río las tribus germánicas que entraron en las Galias (406 d. de C.). Los germanos, suevos y vándalos, acompañados del pueblo eslavo de los álanos, cruzaron el Rhin a principios del siglo V, marchando hacia el sur, como si les atrajeran las tierras más templadas o cálidas del Mediterráneo.

Como Roma no disponía de fuerzas imperiales con que hacer frente a esta nueva invasión, se sirvió de las legiones y cohortes, sobre todo de éstas que había en las provincias amenazadas por la invasión germánica, una de las cuales era Hispania. Afortunadamente se ha conservado un importante documento militar de este

tiempo, titulado «*Notitia Dignitatum*», que «trata del ajustamiento de las tropas con motivo de las invasiones bárbaras. Allí se dice donde está situado estratégicamente cada destacamento, que, en algunos casos, como el presente, se vio precisado a abandonar una plaza para establecerse en otra donde el peligro es más inminente» (Joaquín González Echegaray, «Los cántabros» (Madrid 1966, 79-80).

Es este documento el que nos da por primera vez noticia de la presencia en Brigantia de una cohorte que estaba allí estacionada, la Cohorte Celtíbera, en este caso, y nos informa de cómo esta cohorte, ante el peligro de la invasión de España por los pueblos germánicos y eslavos, que habían cruzado el Rhin, en el años 406, y se habían presentado ante los Pirineos, tres años más tarde (409), preparados para invadir la península, tuvo que ser trasladada a Cantabria, estacionándose en Julióbriga, que era la principal ciudad militar de esta región: «En España, a principios del siglo V —dice Joaquín González Echegaray, en su obra «Los cántabros»—, había, además de la Legión VII, y una serie de cohortes consideradas como limitanei, once cuerpos de Auxilia Palatina, tropas equipadas a lo bárbaro, pero consideradas bajo la alta categoría de guardia imperial, así como cinco legiones comitenses. En los siglos IV y V todas las tropas de limitanei acuarteladas en España dependían directamente del Magister Militum praesentalis a parpe peditum, es decir, del generalísimo del Imperio occidental, mientras que el resto —los palatini y comitenses— estaban a cargo del Comes Hispanae, o comandante extraordinario de las tropas de España. En esta época se nos habla de un cuerpo de ejército que de Brigantium (La Coruña) fue trasladado a Cantabria, concretamente a la ciudad de Julióbriga, sin duda por razones estratégicas, acaso con vistas a la defensa de la provincia en caso de producirse la invasión por los pasos occidentales del Pirineo. Se trataba de una cohorte —entonces un cuerpo de ejército de quinientos soldados— llamada Celtíbera, y que era considerada como formando parte de las tropas fronterizas acantonadas en Hispania y, por tanto, dependientes directamente del generalísimo. La cohorte se hallaba mandada por un tribuno y se la

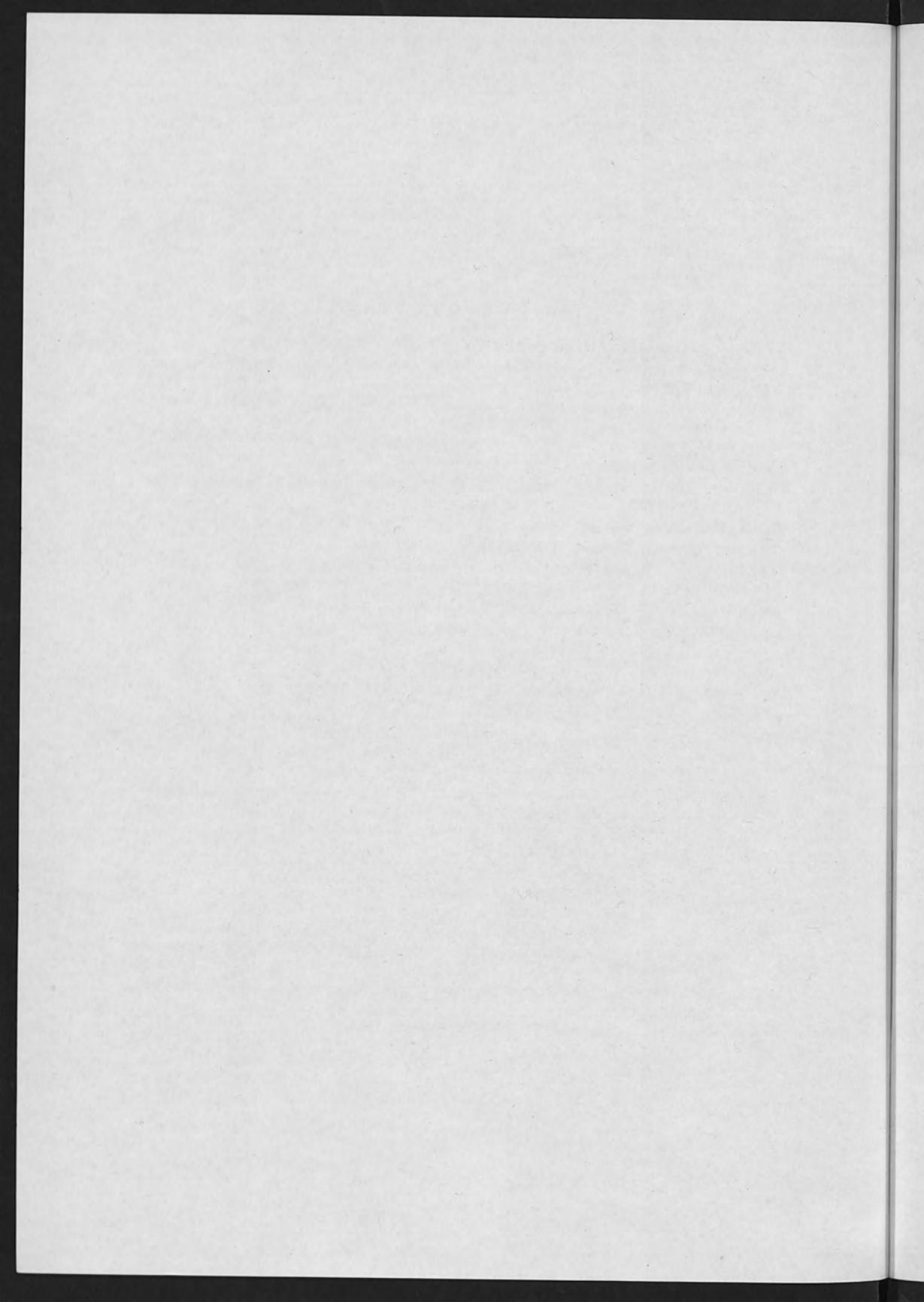
consideraba expresamente como una de las guarniciones de la provincia de Gallaecia» (o, c, 222-3).

La historia se repite constantemente a través de los siglos, y la marcha de un cuerpo de ejército acantonado en Galicia a otras regiones del norte de España, ante el peligro de una invasión de la península por los Pirineos, se repitió siglos más tarde, durante la Guerra de la Independencia, en la que el Ejército gallego, mandado por el general Blake se trasladó al País Vasco, en el verano de 1808, para hacer frente a la invasión de España por la Grande Armee, acaudillada por el propio Napoleón, cuatro veces superior en número a ellas y muchas más en artillería y caballería, y cuya infantería era la mejor entrenada y la más fogueada de Europa, que destrozó en varios combates al Ejército salido de Galicia, como a principios del siglo V fue destruida, por los invasores germanos, la Cohorte Celtíbera salida de Brigantia para contener la invasión.

No volvió más a Galicia la Cohorte Celtíbera y nunca más volvió a ser Brigantia el puerto de la Roma imperial, pieza importante en su organización militar. Por otra parte los otros pueblos de los otros Finisterres atlánticos habían sido conquistados o iban a ser conquistados por otros invasores germánicos, con lo que quedó interrumpida su natural comunicación por largo tiempo, en el que Brigantia se sumió en el silencio de la Historia.

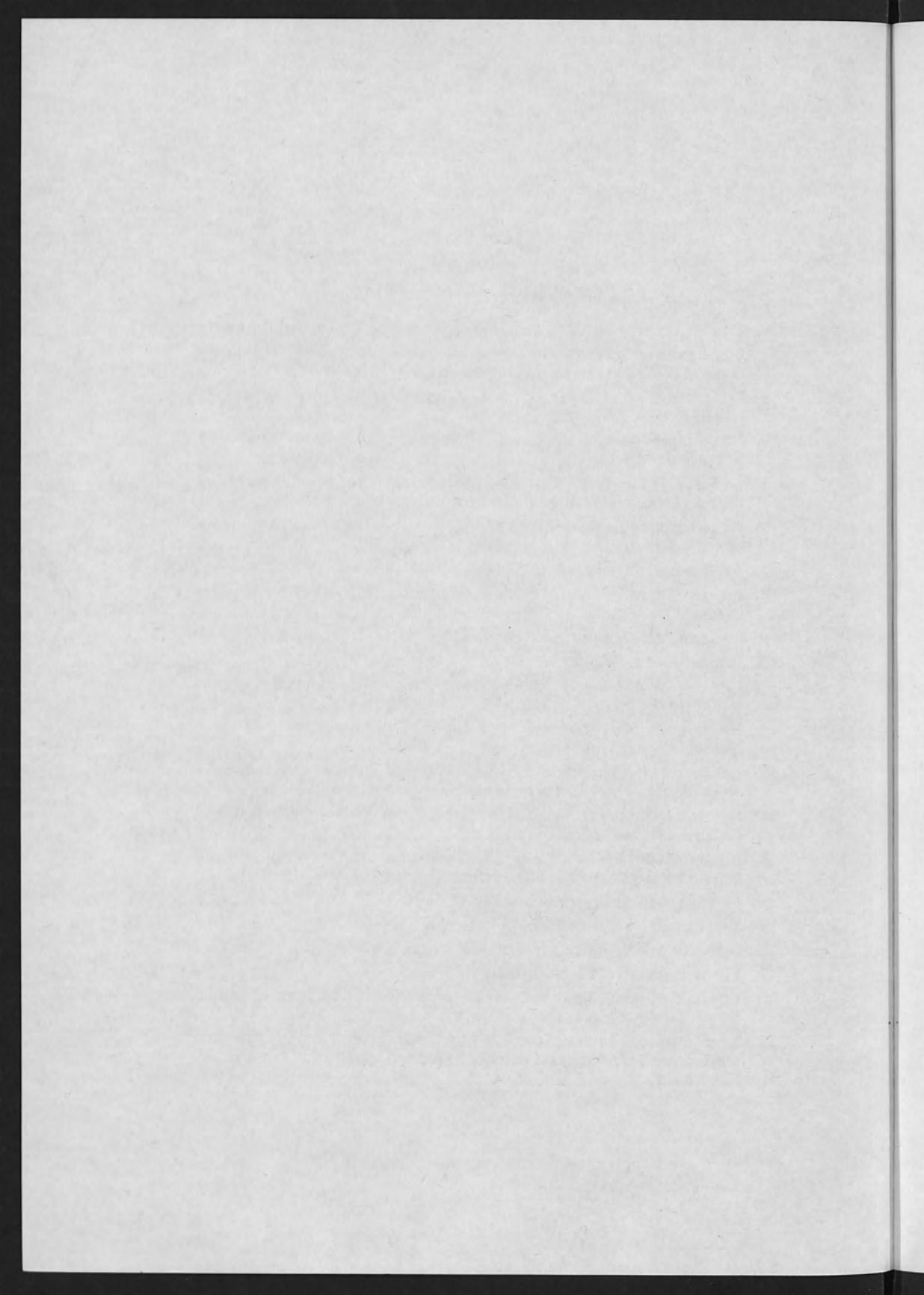
B I B L I O G R A F I A

- Aguado y Bleye, Pedro.* Manual de Historia de España. Madrid, vol. I, 1954.
- Collingwood, Robin George and J. N. L. Myres.* Roman Britain and the English Settlements. Oxford, 1934.
- Cornide, José.* Investigaciones sobre la fundación y fabricación de la Torre llamada de Hércules, situada en la entrada del puerto de La Coruña. Madrid, 1792.
- Las Casiterides o Islas del estaoño restituidas a los mares de Galicia. Madrid, 1790.
- Curtis, Edmund.* A History of Ireland. London, 1965.
- Dickenson, William W. and Gregory S. Pryde.* A new History of Scotland. Vol. I. London, 1951.
- Duddy, Donald and Graham Webster.* The Roman Conquest of Britain, A. D. 43-57.
- González Echegaray, Joaquín.* Los Cántabros. Madrid, 1966.
- Hamilton, J. H. C.* Forts. Brochs and Wheel-Houses in Northern Scotland in the Iron Age in Northern Britain. Editada por A. L. F. Rivet. Edimburgo, 1966.
- Heichelheim and Teo.* A History of the Roman People. New York, 1962.
- Hughes, Kathleen.* Early Christian Ireland: Introduction to Sources. New York, 1972.
- López Cuevillas, Florentino.* Prehistoria, Historia de Galicia, dirigida por Ramón Otero Pedrayo. Vol. II. Santiago de Compostela, 1971.
- Mac Alister, Riass.* The Archeology of Ireland. London, 1928.
- Mac Cana, P.* Celtic Mythology. New York, 1970.
- Martínez Murguía, Manuel.* Historia de Galicia. Vol. II. Lugo, 1866.
- Mac Elderry, Know.* Vessasianus reconstruction of Spain, Journal of Roman Studies. Vol. III, 1919, 53-102.
- Menéndez Pidal, Ramón.* Historia de España, dirigida por R. Menéndez Pidal. Vol. I. España Prehistórica. Madrid, 1962. Vol. II. España Protohistórica. Madrid, 1960. Vol. III. España Romana. Madrid, 1962.
- O'Clery, Lughaidh.* The Life of Hugh O'Donnell. Dublin, 1893.
- Powell, T. G. E.* The Celts. New York, 1958.
- Taboada Chivite, Xesús.* Addenda et corrigenda a la Prehistoria de López Cuevillas. Vol. III, de la Historia de Galicia, dirigida por R. Otero Pedrayo.
- Verea y Aguiar, José.* Historia de Galicia, primera parte que comprende los orígenes, estado de los pueblos septentrionales y occidentales de la España antes de su conquista por los romanos. El Ferrol, 1838.
- Welsh, Patrick.* Britania. The Roman Conquest and the occupation of Britania. Wesleyene University, 1963.
- Wilson, David H.* A History of England. New York, 1967.



INDICE DE MATERIAS

	Páginas
1. Entre los cuatro Finisterres atlánticos el Magnus Portus Artabrorum .	7-10
2. Las comunicaciones marítimas de los puertos gallegos en el Paleolítico y el Neolítico con las Islas Británicas y la Bretaña.....	10-12
3. Los petroglifos prehistóricos de la Península de la Torre: su carácter religioso	13-16
4. Los supuestos establecimientos fenicios en el Golfo de los Artabros y la Torre de Hércules	16-17
5. La Edad de Hierro y los cuatro Finisterres: la influencia de la cultura céltica galaica en los otros Finisterres	17-20
6. La navegación de los griegos en el Norte del Atlántico: el periplo maliota y los ártabros.....	20-22
7. Artabros, arrotreas y brigantinos	23-26
8. Los santuarios celtas: los grandes santuarios: Brigantia y los bosques sagrados (Nemeton).....	26-29
9. Las emigraciones celtas al Occidente y Sur de Europa: brigantinos	29-33
10. Brigantia y los brigantinos	33-36
11. Los castros y el mundo gallego: los castros de las Mariñas y el promontorio de la Torre de Hércules	36-39
12. La conquista de Irlanda por los celtas de Galicia y la Torre de Breogán: el Leabhar Gabhala Erinean	39-42
13. Las torres circulares de piedra de las Islas Orcadas y Shetland, en el Norte de Escocia, y la Torre de Hércules	42-45
14. La conquista de la Galicia bracarense por Decio Juno Bruto el Galaico	45-46
15. En busca de las Casitírides: la expedición del procónsul romano Publio Licino Craso y el Gran Puerto de los Artabros	46-49
16. La conquista de Brigantia por Julio César	49-53
17. Vespasiano y Brigantia: Flavia Brigantia	53-54
18. Brigantia y la conquista de Britania por los romanos	55-58
19. Flavia Brigantia y Farum Brigantium	58-61
20. Flavia Brigantia: puerto militar del Imperio romano y la calzada militar per loca marítima	62-69
21. La agonía del Imperio romano: la Cohorte celtíbera de Brigantia marcha a Cantabria para defender Hispania contra la invasión germánica	69-72



CONTESTACION A CARGO DEL MIEMBRO NUMERARIO
ILTMO. SR. DON ANTONIO MEIJIDE PARDO

Ilustres autoridades.
Queridos compañeros.
Señoras.
Señores:

Quisiera que las palabras que, seguidamente, voy a pronunciar, en este solemne acto, en orden a cumplir un trámite preceptivamente reglado por los estatutos del Instituto «José Cornide», de Estudios Coruñeses, respondieran, mayormente, al deseo de satisfacer una vivencia personal que en mí alienta. Que no es otra, sin duda, que el grato sentimiento de sumo afecto y admiración hacia el insigne Profesor Don Emilio González López, gran jurista e historiador, al darle la bienvenida, en nombre de la corporación académica de la que me honro en formar parte.

Grande es, verdaderamente, el sentimiento de admiración y estima que abrigo para un intelectual coruñés que, en el decurso de las últimas décadas, ha protagonizado pluralidad de quehaceres de incuestionable relieve. ¿En qué consisten? El primordial, con mucho, es la proyección e impulso que significa su ingente y fecunda obra culturalista volcada, casi con exclusividad, sobre la tierra nativa. Una indesmayable dedicación a estudiar el pasado de

nuestra Galicia, no obstante haber vivido fuera de ella, tan lejos, y durante tanto tiempo; tal quehacer, repito, le permite insertarse al Profesor que acaba de deleitarnos con sus palabras, entre las figuras más señeras de la intelectualidad galaica contemporánea.

Recibimos ahora a González López como miembro de número del Instituto «Cornide», aquí congregado corporativamente. Es adquisición muy valiosa para una institución cultural, jovencísima, pues todavía no alcanza a un veintenio de vida. (Corría el estío del año 1964, si mal no recuerdo, y la ciudad coruñesa, a través de los medios de comunicación social, un tanto sorpresivamente, conocía el natalicio del que fue nominado Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses, creado por mandato de la Municipalidad que regía entonces los destinos de la urbe).

Un bosquejo bio-bibliográfico, in extenso, concienzudo, de tan relevante personalidad lo considero para mí tarea muy difícil e inalcanzable. Sólo trataré, pues, en la medida de mis modestas fuerzas, ofrecer a los asistentes a esta jornada de exaltación del nuevo académico, una breve semblanza del mismo, hombre que, merecidamente, ya ha sido distinguido y galardonado por otras instituciones culturales de Galicia, de España y aún de allende nuestras fronteras. Y, el que os habla no tiene otros merecimientos para hacerlo que el de ser un apasionado de la Historia y, como tal, un ferviente admirador del fértil quehacer historicista de Emilio González López.

Veamos, pues, a vuestra pluma pergeñados, algunos hitos, o etapas sustantivas, que matizan, y configuran, el *curriculum vitae* de este prestigioso intelectual gallego.

Nacido en La Coruña, hace ahora 78 años, tras concluir el bachillerato en su ciudad nativa, obtuvo el Doctorado en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad madrileña. Estudios que luego amplía en la Universidad de Munich. Al regresar de Alemania ejerce como Profesor auxiliar en la cátedra regida por el célebre penalista Jiménez de Asúa, en la Universidad de Madrid. Es nombrado por oposición, en plena juventud, catedrático de Derecho Penal; cátedra que regentaría en tres Universidades: La Laguna, Salamanca y Oviedo.

González López, que había tomado parte en las luchas estudiantiles durante la dictadura de Primo de Rivera —a raíz de este anhelo participativo daría a luz su juvenil ensayo «El espíritu universitario»—, pronto descolaría como una de las más jóvenes personalidades que, con anterioridad a la Guerra Civil del 36, actuaron en la política gallega y española. Director General de Administración Local y de Beneficencia, durante la República, no ocultemos un aspecto de su valiosa colaboración en la programación, como corpus jurídico, del Estatuto de Galicia. Acerca de esta decisiva intervención, Castelao, en su libro «Sempre en Galiza», al referirse a la presentación oficial, urgente, de dicho Estatuto en las Cortes de la República, celebradas en Montserrat, en plena Guerra Civil, comentaría: «Busquei axuda en Emilio López, e debo proclamar que ningúen ma prestaría con tanta eficacia naquel intre. Emilio saíu pra Madrid, e ao cabo dalguns días estaba de volta en Barcelona co Estatuto galego, que xa se daba por perdido...». (Pág. 144, edic. Akal, 1977).

Estas y otras primigenias singladuras políticas, prometedoras de mayores vuelos, véñense truncadas por el trauma del 36. A partir de ahora, el que fue diputado a Cortes en 1931, conocerá, durante lustros enteros, los duros caminos, y azares, del amargo exilio. Mas, siempre quiso permanecer estrechamente vinculado, manteniendo sólido contacto espiritual con su tierra nativa.

En su condición de exiliado político, la vida de González López ha discurrido sobre escenarios de allende mares: Nueva York, Panamá, Buenos Aires y otros. Desde 1940 impartió enseñanzas de Lengua y Literatura Españolas en el «Hunter College» neoyorquino. Debo resaltar ante Vds. cómo logró simultanear su densa labor de indagación histórica y de crítica literaria con el ejercicio de la docencia universitaria en Estados Unidos, puesto al frente, además, del programa, en lengua castellana, del «Graduate Center of the City University of New York» (Señalemos que al jubilarse de su labor educativa en dicha Universidad, ésta le honró nombrándolo «Profesor Emérito»).

En la capital del Panamá imparte clases de Derecho Penal durante dos cursos académicos. Y allí formaría parte de una

comisión de magistrados, encargada de elaborar el proyecto de un Código Penal para aquel país centroamericano. En Buenos Aires pronunciará diversas conferencias sobre temática cultural de Galicia, siendo en la capital argentina donde saldría a luz, en 1957, una de sus obras más sonadas, la titulada «Grandezza y decadencia del reino de Galicia».

Entre las muchas aportaciones de nuestro querido Profesor al ensayo y crítica literaria, rango preferencial lo ocuparía el «Arte dramático de Valle-Inclán», estudio publicado por «América Publishing Company», en 1967, en el que trata, agudamente, sobre el componente autóctono que priva en las obras del insigne escritor arosano. Su colaboración literaria, incansable, dentro y fuera de España, nos lo evidencia otros ensayos, como el «Cuento de abril de Valle-Inclán. Sus fuentes y su arte», aparecido en 1966 en la revista «Hispánica Moderna», editada en Nueva York. (En esta revista había comenzado, años antes, en 1958, la famosa polémica surgida entre Américo Castro y Sánchez-Albornoz, sobre el enigma histórico de España); «El poema de Alfonso Onceno y el Condado de Trastamara» (1963), publicado en Figueira da Foz (Portugal), en homenaje a Joaquín Carvalho. Escribe también sobre poesía valle-inclanesca en «Grial» (Revista, como sabéis, de cultura gallega, editada en Vigo, por «Galaxia»). Con su artículo «La rehabilitación del idioma gallego», en «Insula», de Madrid, nos da a conocer las alternativas por las que discurrió el gallego literario desde su primigenia reivindicación en la época del Romanticismo hasta su cúspide con los prosistas contemporáneos. En fin, en este mismo contexto de la erudición literaria también debemos anotar el estudio «Doña Emilia Pardo Bazán, novelista de Galicia», que publicó en el boletín «Hispanic Institute», de la Universidad de Columbia (1944).

No menos es de destacar su valiosa aportación en lo referente a lo que pudiéramos llamar literatura histórica didáctica. Dos obras suyas, «Historia de la civilización española» (1959) e «Historia de la Literatura Española» (1962), con predominio en ambas de temas gallegos, han servido de texto para las respectivas disciplinas al alumnado de varias Universidades americanas. Por último, deje-

mos referencia a otra sugestiva obra ensayística, «Galicia, su alma y su cultura» (1954), en la que nos ofrece, tratados con perspicacia y agudeza, un elenco de ensayos sobre ciertos asuntos y vivencias, algunas fundamentalmente claves y definitorias de la cultura galaica: lirismo, paisajismo, humorismo, la ruta jacobea, etc.

A finales del año pasado, en un reportaje publicado en un periódico coruñés, explayábase González López manifestando: «Dedico todo mi tiempo a la historia y no regresaré a la política».

Así, pues, es justo y menester, que dediquemos unos minutos a glosar el gran «leif motiv» de nuestro nuevo compañero, que no es otro que el de su ingente labor de historiador del pueblo de Galicia. Aquí, el maestro consigue brindarnos esa envidiable capacidad de síntesis y esa, no menos maravillosa, claridad expositiva de los hechos; doble logro, felizmente, en el que radica la majestad del deleite para todo aquel lector ávido de saborear la Historia.

Mas, como quiera que un completo repaso a tan dilatado cultivo historiográfico escaparía del marco cronológico que nos ha sido señalado, tan sólo he de detenerme en títulos, cual hitos sustantivos. Que nos sirvan, a guisa de ejemplo, o indicativo de su válido y fecundo quehacer. Y, con la omisión de lo restante, quede así, permitidme, satisfactoriamente disculpado.

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL REINO DE GALICIA (1957):

Con el loable designio de acoger y expandir el creativo esfuerzo de prestigiosos intelectuales gallegos, con carta de vecindad a una u otra orilla atlántica, una editora argentina, por nombre «Citania», inaugura la nómina de sus futuras publicaciones con este interesante trabajo del Profesor coruñés.

Dólmenes y castros, citanias célticas, colonialismo romano, monarquismo suevo, reconquista cristiana, activismo normando, política gallega de los Trastámaras, vinculación luso-galaica en el Medievo, hitos de matiz religioso o político, con sede de partida y de

retorno en Compostela, etc. He aquí aconteceres históricos: unos, susceptibles de debate y de polémica; otros, que los historiadores de querencia centralista pasaron por alto, con ligereza, o bien los desfiguraron y a los cuales nuestro nuevo compañero presenta al estudiioso lector, con la deseable amplitud, un cuadro esclarecedor. A mi juicio, este libro vendría a comportar, fundamentalmente, la gran apología histórica de Galicia.

Nuestro Profesor consagra a la historia gallega durante el dominio de los Habsburgos cuatro volúmenes: «Bajo la doble águila», corresponde al reinado de Carlos I; «Siempre de negro», al de Felipe II; «Los políticos gallegos en la Corte de España», a los de Felipe III y Felipe IV; «El águila caída», al reinado de Carlos II. Títulos —como Vds. comprende— altamente sugestivos, esclarecedores de temas o personas, de interés intrínseco y vinculantes a Galicia. En esta tetralogía historicista se abordan, con amplias perspectivas, infinidad de empresas en las que viéronse inmersas gentes de Galicia, individual o colectivamente, en otras regiones del orbe. Estos cuatro tomos fueron objeto, últimamente, de una lograda reestructuración y puesta al día, en dos volúmenes, con inserción de algún temario nuevo. (Forma parte de la colección «Galicia histórica», de la Fundación «Barrié de la Maza, Conde de Fenosa», edición preparada por el Instituto «Padre Sarmiento» de Estudios Gallegos). Obra presentada recientemente al público coruñés, por Filgueira Valverde, quien calificaría a su autor como «el sucesor de los viejos cronistas del Reino...», pero a los cuales supera González López —añadía nuestro buen amigo y compañero Filgueira—, en sentido crítico y amplitud de visión.

LOS POLITICOS GALLEGOS EN LA CORTE DE ESPAÑA (1969)

El que fue tercer volumen de la serie denominada «Galicia en el imperio español de los Austrias» sale del obradoiro vigués que labora para la editorial «Galaxia» en el año 69.

González López estudia aquí la coyuntura política dimanada del antagonismo suscitado entre dos tendencias: una belicista, que también pudiera nominarse imperialista, representada por el primer ministro conde-duque de Olivares y otra pacifista, proclive al entendimiento de España con Inglaterra y a la distensión europea. Esta última estaría propiciada por los grandes políticos gallegos, como Baltasar de Zúñiga, que presidió el Consejo de Estado, el conde de Lemos, el conde de Gondomar, etc. (Hace muy poco que en una de mis últimas indagaciones en el A.H.N. encontré un documento, datado en 1619, en el que se describe al conde de Gondomar, embajador de España en Londres, como «un sujeto de grandes prendas, y verdaderamente hombre de Estado, por su conocida inteligencia, celo y amor a la Patria... dicen. Pero nuestro ilustre profesor no sólo aborda la participación de estos políticos gallegos durante las etapas más críticas del imperio español de los Austrias. Estudia también aconteceres culturales, quehaceres económicos, episodios sociales, aspiraciones políticas: la porfía gallega para lograr el voto en las Cortes de Castilla; la defensa de que el Apóstol Santiago fuese el único patrón de las Españas: el proceso desvinculativo de su tierra por parte de la alta nobleza galaica, etc. etc.

EL ALBA FLOR DE LIS (1978)

El siglo XVIII, en su vinculación histórica con Galicia, es objeto de estudio por el profesor coruñés a través de dos obras: «El alba flor de Lis» y «Galicia bajo las luces de la ilustración». Para mí, personalmente, este siglo en razón de mis asiduas investigaciones sobre él, tiene la mayor carga de admiración y emotividad.

Mas solamente voy a referirme al primer volumen imprentado en los talleres sadenses de «Ediciós do Castro», y consagrado al reinado de los primeros Borbones, cuya cronología abarca como Vds. saben a partir de la primera mitad del siglo XVIII.

El tema central de «El alba flor de Lis,» lo constituye realmente el amanecer socio-económico y cultural de Galicia, tras la oscura sima en que había yacido bajo el reinado de los últimos Austrias. Con su característica diafanidad de estilo y su portentosa capacidad de síntesis, el nuevo académico nos depara aquí una completilísima imagen de la vida y modos de ser de Galicia. «Con el alba borbónico» —escribe su autor— van a participar de una manera más activa, individualmente, los gallegos, y colectivamente como pueblo, dentro y fuera de su tierra, en la cultura española», y a partir de ahora, agrega, Galicia, comenzará a poseer «una mayor coincidencia de sí misma, de su manera de ser, de su lengua, de sus necesidades y problemas, y de sus tradiciones culturales...»

EL AGUILA GALA Y EL BUHO GALLEGOS (1975)

Dentro del nutrido bagaje historicista de González López, esta obra editada por el «Centro Gallego» de Buenos Aires, comporta el estudio de la Guerra de la Independencia contra los franceses durante el sexenio de 1808 a 1814. Nuestro nuevo compañero aborda noticias, aspectos y vicisitudes vinculantes a este otro gran hito en el pasado de Galicia, la gesta más importante del siglo XIX. Para Galicia, esta guerra contra el invasor napoleónico fue como, escribe González López, «una sacudida violenta de su cuerpo y de su alma», de la que saldría victoriosa; sin embargo, no trajo dicha prueba, desgraciadamente para ella, nos puntualiza, «un paralelo despertar de la cultura en lengua vernácula».

El historiador coruñés nos muestra a Galicia inigualable en las difíciles tareas, realmente improbas, de organizar desde la nada, ab initio, fuerzas militares, económicas y políticas, para afrontar la árdua empresa de liberar el suelo patrio del invasor francés. Prescindiendo de innecesarios alardes de erudición, su autor tiene el mérito de poder colocar la historia al alcance del lector no especialista. El nos explica cómo se organizaron las llamadas «Juntas de Armamento y Defensa»; cómo fue gobernada Galicia,

política y militarmente, en aquellos críticos años; cómo coadyuvó el país gallego a liberar de franceses el Norte de Portugal; en fin, hasta qué punto ha sido decisiva la resistencia en las montañas lucenses y orensanas, en los valles y mariñas, en villas y ciudades, etc.

Hasta aquí hémonos reducido a glosar sólo una ínfima parte del nutrido acervo historiográfico de nuestro hombre, dado el cúmulo de tantos trabajos, de investigación, de compilación, de ensayo, de crítica, etc. Y ahora, para concluir, debemos dedicar unos breves minutos, forzosamente, al tema elegido para su discurso de ingreso en el Instituto «José Cornide» de Estudios Coruñeses, disertación que acabáis de oirla tan brillantemente expuesta, y que lleva por título «La céltica Brigantia y la romana Flavia Brigantia».

González López nos acaba de explicar sustantivas facetas de la antiquísima Coruña, sede del «*Magnus Portus Artabrorum*», punto de partida y de retorno para innumeros navíos, ya en tiempos más remotos, centro de comunicaciones marítimas con la Bretaña francesa y las Islas Británicas.

Nos ha deleitado con su vasta arudición. Y apórtanos nuevos puntos de vista sobre la presencia de petroglifos en la península de la Torre de Hércules, apuntando cómo tuvieron una significación religiosa, e inclinándose por su correspondencia al meolítico, o sea, unos 3.000 años antes de Cristo, sobre los supuestos establecimientos fenicios y la búsqueda del estaño, con la controvertida ubicación de las Casiterides: sobre la presencia de navíos griegos en el NO atlántico, hacia mediados del primer milenio antes de Cristo, por cuyas aguas se aventuraron rumbo a las Islas Británicas, sobre la conquista romana del nominado *Magnus Portus Artabrorum*.

Dedica también varios capítulos como acabáis de ver, a las emigraciones de los celtas, a los monumentos, a sus dioses y a sus muertos; a la significación del németon o bosque sagrado. Pero la parte esencial del relevante mundo céltico atañe el hábitat de los pueblos brigantinos, una de cuyas sedes más renombradas fue La Coruña. Es la *Brigantia céltica* (santuario religioso), más tarde transformado en la romana *Flavia Brigantia* (puerto militar). En

uno y otro caso, vértice o punto de unión de la tierra gallega con las Galias atlánticas o con los finisterres británicos. Y un aspecto interesante de la antiquísima Coruña incumbe a su funcionalidad, como puerto militar, al servicio del extenso y poderoso imperio romano. Puesto que, —nos ha dicho hace poco González López—, aquel no sólo servía a las propias necesidades de todo el norte peninsular, sino también las de aquellos países ubicados en otros ámbitos finisterrícos. comunicándose con el resto de Galicia y de España, a través de la gran calzada romana, la titulada *Per loca marítima*.

Mucho se ha escrito por diversos autores y tratadistas, antiguos y modernos, con respecto al anigmático origen y ubicación de la antiquísima Coruña.

El portugués Méndez da Silva, historiador del XVII, nos decía en su obra «Población de España» (pag. 227), de la que el padre Sarmiento afirma que «es poca cosa, pero no hay cosa mejor...» («Semanario Erudito», vol. V, pag. 167), tras describir a La Coruña como «plaza de armas, ceñida de buenas murallas, fuerte y llave del Gobierno del Reino (...) capacísimo puerto de varias embarcaciones, famoso en Europa, para todo el orbe...» dice que a juicio de muchos autores ha sido fundada por Brigo, llamándole Brigancia, aunque tal denominación debería atribuirse a su juicio, «más seguramente», a Betanzos.

A principios del XVIII, el cronista Ocampo menciona a Brigo como «el cuarto príncipe, gobernador antiguo de las Españas...» y, a través de autores griegos y latinos, recoge la expandida opinión de que «los españoles en su habla natural decían Brigas a las ciudades y poblaciones principales», y de que reinando el emperador Vespasiano se nombró Flavio Brigancio al núcleo que luego se llamaría Betanzos. Pero admitía que La Coruña, en otros años, fue nombrada Brigancio, y así aparece en la historia de Orosio.

Jacobo de Castro, en su «Arbol Chronológico de la Santa Provincia de Santiago (Salamanca, 1722, pág. 164), escribía a principios del XVIII que no existen probabilidades de certeza de que fuese fundada La Coruña por el rey Brigo, de lo que tomaría, afirman algunos, a llamarse *Portus Brigantium*. Y expresa ser

tradición que Betanzos la fundó el rey Brigo y le dio nombre de Brigancia, hasta que en tiempos del emperador Vespasiano, de la familia de los Flavia, éste le honró con el titulado de Brigancia Flavia.

El padre Flórez, por su parte, en su «España sagrada» (vol. XIX, págs. 13-17), tras censurar que «varios escritores mal empleados quieren engrandecer a La Coruña por su origen...», que atribuyen al rey Brigo o al mitológico Hércules, manifiesta la gran dificultad sobre el apelativo que, con rigurosidad científica, debe aplicarse inclinándose por el Brigantium para La Coruña, y Flavium Brigantium para Betanzos.

El ilustre polígrafo Cornide, en su «Mapa corográfico de la antigua Galicia», sitúa en Betanzos el Flavium Brigantium y concuerda con Orosio en aplicar el nombre de Brigancia a La Coruña.

Entre los prehistoriadores modernos, el prestigioso Schulten identifica a La Coruña con la antiquísima Brigancio («Hispania»), pág. 22, Barcelona, 1920). Tesis seguida por López Cuevillas, Angel del Castillo y otros arqueólogos gallegos.

Luis Monteagudo, en varios de sus estudios, notablemente en los titulados «Carta de Coruña Romana» («Emérita», vols. 20 y 25, págs. 467-490 y 14-80, 1952 y 1957) y «Galicia en Ptolomeo» («Cuad. de Estudios Gallegos», VIII, págs. 639-640, 1947), nos aporta valiosos enjuiciamientos sobre tan controvertido y oscuro tema. Tratando de poner de acuerdo los datos de Ptolomeo con la realidad geofísica, nos esclarece una versión interpretativa del célebre mapa tolemaico, y afirma que en documentos medievales (siglos IX y X), no hay duda que la población nominada Brigantina correspondía a La Coruña, o a un lugar próximo a ella, siendo distinta población de Brigantium, que debería corresponder a los alrededores del actual Betanzos, concluyendo que el apelativo de Flavium Brigantium «no le conviene a la ciudad de Betanzos actual, pues está situada en un castro».

Por último, señalamos que Don Casimiro Torres Rodríguez, en su artículo «La Coruña no celebró su bimilenario» (publicado en la

revista de nuestro Instituto, núms. 10-11), estima que La Coruña, que ya existía en el año 61 antes de Cristo, llevaría el apelativo de Brigantia, en tanto que Flavio Brigancio habría que identificarlo con Betanzos.

Y ya debo concluir mi intervención. Y permitidme, como cierre de ella, solamente, que exprese la suma alegría y satisfacción que, a mí y a todos mis compañeros, nos produce la entrada en el Instituto «Cornide» del creador y artífice de tantas y tan notables fecundas aportaciones a la cultura de Galicia.

Al darle la bienvenida por su ingreso en el Instituto de Estudios Coruñeses —un eslabón más de una prestigiada cadena de logros y éxitos personales—, vaya también la gratitud de nuestra corporación que, muy de veras, ha de felicitarse por el honor y por el beneficio que, en el futuro, va a deparar a la misma, el saber, el talento y la laboriosidad de Emilio González López.

Su acceso a la institución comportará, asimismo, una hermosa manera de servir a La Coruña y a Galicia. Por las que tanto ha trabajado, siempre con renovado fervor y plenitud de ilusiones, para honrarlas y enaltecerlas, mi querido amigo y nuevo compañero, don Emilio González López.

He dicho.

